

FILBA NACIONAL 10 UNA CARTOGRAFÍA LITERARIA

SELVA **ALMADA**

EUGENIA **ALMEIDA**

MERCEDES **ARAUJO**

JUAN JOSÉ **BECERRA**

ROSARIO **BLÉFARI**

OLIVERIO **COELHO**

AGUSTINA **PAZ FRONTERA**

LAURA **GARCÍA DEL CASTAÑO**

FERNANDA **GARCÍA LAO**

DAIANA **HENDERSON**

PEDRO **MAIRAL**

MARÍA **MORENO**

ELOÍSA **OLIVA**

MARIANO **QUIRÓS**

CAMILA **SOSA VILLADA**

CARLOS **RÍOS**

HEBE **UHART**

BEATRIZ **VIGNOLI**

MARTÍN **ZARIELLO**

FILBA
NACIONAL

Filba Nacional
Una cartografía literaria

Fundación Filba
Queremos que la literatura circule

Publicado por Fundación Filba
Buenos Aires, Argentina, 2021

© Del prólogo, Eugenia Almeida

© De los textos, Selva Almada, Eugenia Almeida, Mercedes Araujo, Juan José Becerra, Rosario Bléfari, Oliverio Coelho, Agustina Paz Frontera, Laura García del Castaño, Fernanda García Lao, Daiana Hederson, Pedro Mairal, María Moreno, Eloísa Oliva, Mariano Quirós, Camila Sosa Villada, Carlos Ríos, Hebe Uhart, Beatriz Vignoli, Martín Zariello

© De esta edición: 2021, Fundación Fiba

Diseño y diagramación: Maira Purman
Edición y selección de textos: Victoria Rodríguez Lacrouts

www.filba.org.ar
@FundacionFilba

FILBA NACIONAL 10 UNA CARTOGRAFÍA LITERARIA

SELVA **ALMADA**
EUGENIA **ALMEIDA**
MERCEDES **ARAUJO**
JUAN JOSÉ **BECERRA**
ROSARIO **BLÉFARI**
OLIVERIO **COELHO**
AGUSTINA **PAZ FRONTERA**
LAURA **GARCÍA DEL CASTAÑO**
FERNANDA **GARCÍA LAO**
DAIANA **HENDERSON**
PEDRO **MAIRAL**
MARÍA **MORENO**
ELOÍSA **OLIVA**
MARIANO **QUIRÓS**
CAMILA **SOSA VILLADA**
CARLOS **RÍOS**
HEBE **UHART**
BEATRIZ **VIGNOLI**
MARTÍN **ZARIELLO**

INDICE

INTRO	6	TODOS LOS MUNDOS POSIBLES DE UN PAÍS
PRÓLOGO	7	EUGENIA ALMEIDA AQUÍ HAY DRAGONES

2012 BAHÍA BLANCA	10	OLIVERIO COELHO EL ESPACIO INDUSTRIAL
	13	FERNANDA GARCÍA LAO MI PEQUEÑA MOLOTOV

2013 SANTA FE	17	HEBE UHART DE VUELTA A SANTA FE
	22	SELVA ALMADA LA INUNDACIÓN, DESPUÉS

2014 AZUL	26	PEDRO MAIRAL BABAS DEL DIABLO
	29	MARTÍN ZARIELLO SALAMONE!

2015 MAR DEL PLATA	33	MARÍA MORENO ALFONSINA STORNI
	36	JUAN JOSÉ BECCERRA OBRA Y ARTE DE HAVANNA

2016 SAN RAFAEL	41	MERCEDES ARAUJO CÓNDORES INCONMOVIBLES PLANEANDO BAJO
	44	EUGENIA ALMEIDA NOMBRES

2017 **BARILOCHE**

49 **ROSARIO BLÉFARI**
ARGENTINOSAURUS

51 **AGUSTINA PAZ FRONTERA**
EL VIAJE DE BARCELA

2018 **LA CUMBRE**

59 **ELOÍSA OLIVA**
UNA EXCURSIÓN EN SEIS ESCENAS

61 **MARIANO QUIRÓS**
LA RESERVA MONOS CARAYÁ

2019 **SANTIAGO DEL ESTERO**

66 **CARLOS RÍOS**
MI FE ES TAN GRANDE COMO ESTE PENAL

70 **DAIANA HENDERSON**
LA HORA DE LA SIESTA

2020 **ROSARIO**

75 **CAMILA SOSA VILLADA**
TAN SIRENAS NOSOTRAS

78 **BEATRIZ VIGNOLI**
SUEÑO DEL HOTEL SIN NOMBRE

2019 LA YAPA – **LA CUMBRE II**

83 **LAURA GARCÍA DEL CASTAÑO**
LA CASA

INTRO

TODOS LOS MUNDOS POSIBLES DE UN PAÍS

La geografía de la literatura es el universo. No hay restricciones espaciales para la imaginación, ni para las formas de contarlas. Todo se puede escribir sobre cualquier lugar, incluyendo los que no existen. Si la literatura no tuviese el poder de hacer la realidad y de cumplirle a la imaginación sus deseos más imposibles, nosotros, los lectores, la cambiaríamos por una aventura mejor. Pero también creemos que hay muchos universos en un país y el Filba Nacional nació con la idea de encontrar todos los mundos posibles que hay en la literatura argentina: todas las historias, las lenguas, las que se oyen y se escriben en la montaña y al borde de los ríos, en los pueblos de frontera y en las grandes ciudades, son nuestro territorio literario. La búsqueda era ambiciosa: que la literatura -y con ella los escritores, escritoras, los libros y los lectores- pudieran moverse y jugar su juego fuera de la ciudad de Buenos Aires, capital que concentra un porcentaje altísimo de la actividad literaria del país. Pero no solo eso, la apuesta se duplicaba en intenciones: encontrar cada año, una ciudad distinta, montar un festival itinerante que fuera dejando huella en provincias tan diferentes como Santiago del Estero y Río Negro, haciendo foco en realidades y contextos diversos, iluminando nuevas voces y dándole espacio a escritores y poetas extraordinarios que no solían circular más allá de su región.

En estos diez años de recorrido descubrimos que la idea de lo nacional es precisa y ambigua, concreta y platónica, capitalina y provinciana, grande y pequeña.

Cuando en marzo de 2012 nos subimos a micros, aviones y autos -cada cual llegó a nuestro primer Filba de Bahía Blanca como pudo- posiblemente nadie supiera que estábamos dando los primeros pasos de un comienzo. Diez años más tarde podemos ver el recorrido que trazamos, una cartografía literaria con 14.492 kilómetros recorridos.

Estuvimos en Bahía Blanca, Santa Fe, Azul, Bariloche, Mar del Plata, San Rafael, La Cumbre, Santiago del Estero, volvimos a La Cumbre y con una pandemia recién inaugurada nos mudamos virtualmente a Rosario. Este libro reúne una selección de textos escritos exclusivamente para el festival: bitácoras de viaje, biografías imaginadas, cartas al mar, manuales y conferencias. Textos que habitan los territorios de la literatura para que en la literatura que recorreremos y seguiremos recorriendo no falte la palabra de nadie.

Amalia Sanz

PRÓLOGO

AQUÍ HAY DRAGONES

Dicen que los mapas sirven para orientarse. Quizás sólo cumplen la función de serenarnos. Hacernos creer que en un golpe de vista recorreremos el territorio. Lo comprendemos. Lo dominamos.

Los mapas siempre han sido trazados desde el poder. Un poder que, en primer lugar, demarca un centro y luego llama a todo lo demás “periferia”.

“Bitácora” era el nombre de un pequeño mueble donde el capitán de un barco guardaba los papeles relacionados con el registro del viaje. Una especie de diario donde no sólo entraba lo objetivo, lo cuantificable (velocidad y dirección de los vientos, por ejemplo) sino también lo subjetivo. Ahora solemos usar esa palabra para nombrar los diarios de viaje.

La bitácora no es un mapa. No pretende describir el territorio sino el efecto que el paisaje produce en quien escribe. De eso se trata. Nosotros y el mundo, una relación de ecos que se potencian.

En los antiguos mapas los cartógrafos insertaban la frase “aquí hay dragones” para señalar los territorios desconocidos.

Aquí hay dragones. Aquí hay bitácoras de viaje. Relatos. Gente que aceptó la invitación a descentrarse, a salir de lo ya trazado, a tomar un camino lateral. A poner en jaque la idea de “centro” y “periferia”. A moverse sabiendo que todos somos, al mismo tiempo, centro de algo, periferia de algo.

Eso es lo que viene haciendo Filba desde hace diez años. Eso es lo que hace la literatura, desde siempre.

Eugenia Almeida

**FILBA
NACIONAL
BAHIA
BLANCA**

1

El primer Filba Nacional fue en 2012, en la ciudad de Bahía Blanca. El puerto marítimo más importante de la Argentina, el que tiene **más poetas por metro cuadrado del país** y la autodenominada “capital nacional del básquet” recibió a más de 30 artistas invitados que reflexionaron sobre las diversas representaciones en la literatura contemporánea del mundo del trabajo, del deporte y el agua en la literatura.

OLIVERIO COELHO

EL ESPACIO INDUSTRIAL

(Bitácora)

1

No hay ciudad que no se caracterice por la sustracción de cierto tipo de objetos y por el modo de caminar de los habitantes y los perros callejeros. Cuando aludo a la sustracción hablo directamente de agujeros negros que se instalan en autos, combis, camiones, y especialmente en las salidas de los cines, los aeropuertos y las terminales de micro. En ciertas ciudades italianas como Venecia o Roma, estos agujeros abducen el calzado de la dama. En alguna ciudad asiática los agujeros se ponen en marcha en invierno, como turbinas, y sustraen guantes y paraguas.

Potencia insaciable, movimiento natural para crear vacío, llámenlo como quieran. Ese régimen de abducción está tan poco explorado como la reproducción de algas en las fosas abisales: ahí se gesta otro vacío, el marítimo, para criaturas ciegas que viven la noche eterna de la creación.

Sobre el nivel del mar, cuando desaparece un objeto, se produce vacío atmosférico. Desde que llegamos a Bahía Blanca, en adelante B.B., la ciudad no dejó de abducir mochilas. Me sorprendió identificar tan pronto ese objeto que agrupa la historia de las pulsiones de un lugar. No me voy a detener a analizar la morfología del objeto en cuestión. No existe sintaxis del sentido ni demostración para explicar por qué una ciudad se ensaña con las mochilas y no con las corbatas o las lapiceras de los forasteros.

2

La primera mochila en desaparecer fue la de Mauro Libertella. Ni siquiera podríamos decir que se la olvidó. En tal caso la abducción habría estado justificada, o al menos inducida por un acto de distracción. Fue absorbida, con su DNI y libros, a secas, y metabolizada durante el trayecto al hotel.

Que un Libertella, apenas llegados, fuera la primera víctima, habla de la memoria de B.B. El ánimo de una ciudad tiene prioridades, no perdona a los que vuelven a la tierra del padre: cobra la calidad del linaje, ese plus que en el ajedrez determina una luz de ventaja. Los que heredan un linaje son la presa inicial de B.B. o cualquier ciudad.

El dueño de un hallazgo también paga un precio. El peso de un secreto, esa avaricia irreversible propia del voyeur, en cualquier caso es un precio grato o deseado desde mi punto de vista. Pero cuando el precio es la victimidad, todo cambia: el secreto se vuelve en contra. La siguiente mochila en desaparecer fue la mía.

Retrospectivamente me parece lógico y hasta veo en mi negligencia una causa eficiente. Ha-

berla dejado en el guardarropas del club UNO, como si en espacios pequeños y cerrados los objetos no pudieran esfumarse, es ingenuo. Si algo desaparece se debe a que ha perdido amparo en el espacio, y lo que el guardarropa de un club presenta es un espacio cautivo, un espacio sustraído, y por lo tanto es la boca del desamparo, una fosa abisal en miniatura.

3

Con cada mochila abducida se pierde la posibilidad de una descripción. Si vine a B.B., se debe a la necesidad de ganar una descripción. A medida que aumenta esa carencia, crece de manera proporcional la ilusión de que todo viaje deja un sedimento. Según mi hipótesis, resolviendo esos sedimentos, uno puede dar con descripciones mutiladas que hay que cuidar y sanar. El escritor, entonces, después de un viaje, se vuelve enfermero de su propio universo. Su intimidad es un asilo de descripciones enfermas, descripciones que gimen por un pan peronista y que desvelan.

Mi hipótesis, por supuesto, es indemostrable. De hecho, desde que no tengo mochila y deambulo en traje de baño por BB, empiezo a fortalecer una teoría, una teoría irrefutable: los viajes deparan descripciones sólo para escritores sin atributos, burócratas del exotismo. Después de viajar, uno puede renunciar a revolver los sedimentos, uno puede renunciar a transformar la intimidad en un depósito de chatarra descriptiva. La nostalgia a la larga momifica. Incluso la nostalgia anticipada veda la aventura e instala una situación de goce interminable en el acto de hurgar la memoria: otro modo de esperar.

Por esto mismo, aunque Sonia Budassi intentó persuadirme de que estaba desabrigado para la aventura, salí a caminar de noche. El único desabrigado es el nostálgico. Ella no sabe que ahora soy un descamisado, pensé, no sabe que soy gigante.

Con la seguidilla de mochilas abducidas y cargadas de descripciones –encuentro acá lo positivo del flagelo–, me volví un optimista de la aventura, no de la aventura utilitaria que luego será sedimento, sino de la aventurilla impune. Sólo así uno puede estar a la altura de un descubrimiento y componer.

Llegué a pie a una zona de fábricas que echaban humo espeso y fuego por las chimeneas. Todo era metálico y ligeramente artificial, como en un acuario. El ruido de las máquinas, sublime, como si ahí nuevos dioses digirieran la fe del hombre peronista. Me acerqué a calentarme las manos y el torso desnudo en una chimenea. Recordé la fosa abisal, el vacío marítimo, el misterioso alimento que aleja de la luz a peces preparados para vivir sin ojos el

día de la creación. Quizás ese alimento no existiera y fuera simplemente una variación del calor, como el que fumaban esas chimeneas. Las fábricas. Yo podría vivir y alimentarme bajo ese calor sin edad. Si hay en el mundo un intervalo, un purgatorio entre lo que está bajo y sobre nivel del mar, es el espacio industrial. Ese calor elaborado por miles de obreros vivos y muertos, produce un vacío irresistible, el centro de la civilización: el O. Ahí nunca podría ser de día. En el metal de una de las tantas chimeneas me vi reflejado. No cabía mi cara, ni la noche. El desplazamiento del humo imprimía en lo reflejado un rastro de lágrimas. Me pregunté si todavía me quedaría un hilo de voz, encajé la boca en la punta de una chimenea y sorbí esa sustancia infernal que el buen trabajador sabe metabolizar. Me tendí a dormir. O mejor dicho, tendí a dormir en el suelo mi nuevo cuerpo. Y mientras mi cuerpo descansaba, imaginé a obreros abrazándose al O de las máquinas, todo el paraíso tóxico cubierto de descamisados: por cada chimenea y cada llama, un descamisado. Quise hablar, pero solté una exclamación que anuló una descripción inminente, la materialización de una mochila llena de piedras. Algo ardía, entre el mar y la tierra. La memoria, o mejor dicho, el marco, la silueta de todos los objetos vueltos O en la fosa industrial.

FERNANDA GARCÍA LAO

MI PEQUEÑA MOLOTOV

(Bitácora)

Voy apretada contra el cuerpo de Evaristo en visita nocturna. Su pelo huele a kerosén. O seré yo. El polo petroquímico está cerca, pero el camino se corta varias veces como una espalda rota. La posición en la moto lo tiene confundido, si lo abrazo es por seguridad. Siento poco por él. Cada vez menos. El amor es un tobogán ingrato.

Aparecemos por error frente a un castillo que fue usina eléctrica y hoy no es nada. Una construcción que oculta el vacío, una lápida brillante, justo atrás de los burdeles. El guarda nos señala el camino y no duda cuando le pregunto si está sano. Y no, acá pasan cosas. Qué, insisto. Sombras que se alejan, sonido de hienas en la oscuridad. No era la respuesta que esperaba.

Nos subimos a la moto en dirección a esas luces de feria contaminada que insisten en brillar como una navaja sobre un corazón. Por fin, encontramos un cartel que advierte. Hay peligro.

Un camino finito une la visión de viejas turbinas soviéticas, los fósforos inquietantes, eliminaciones de etano y el amargo celo de Evaristo, que me mira por el espejo retrovisor desde el reflejo oblicuo de sus anteojos. Dijo que quiere besarme en coincidencia con el estallido. Necesita ese fogueo externo. Es delgada y transparente nuestra escasez de amor.

Mis motivos son otros.

Los camiones estacionados al costado me asustan. El vacío me da pavor. Solos él y yo en este polo sin nieve. Una ciudad deshabitada pero estridente. Tenebrosa. El progreso se alimenta de pánico. Sin miedo no hay avance. Quiero volver hacia atrás. Pero ya es tarde.

Dejamos la moto junto a un poste y Evaristo saca de su mochila una pinza. Ahí nomás están las chimeneas más activas. Cuerpos de gas noctámbulo emiten llamaradas furiosas como eructos sin estómago. Cortamos el alambre y caminamos en silencio.

Una rata sobrealimentada nos mira con rabia, hemos interrumpido su cena. Clava sus pupilas rojas en las mías y después sale corriendo hacia la negrura.

Frente al sector C, Evaristo no puede más. Lo beso con la botella en la mano y me entretengo en la visión del polo reflejada en sus anteojos. Veo el mundo en su pantalla diminuta mientras él introduce su lengua en mi boca con insistencia. Parece una anguila plástica que se ha enredado en mi paladar. Se baja los pantalones sin dejar de besarme, como un contorsionista inoperante y después me gira, súbitamente enérgico. Mientras su turbina se esconde entre mis piernas, yo le robo el encendedor. Su gimnasia erótica y mi muñeca coinciden en el tiempo. Enciendo y lanzo en cuatro patas mi pequeña molotov contra un objetivo cercano. Pero es como tirar un fósforo en una hoguera. Cae a pocos metros y la nafta no llega al trapo.

Evaristo no se da cuenta, entregado como está a las bondades de su propio orgasmo. Una explosión fosforescente que no tiene que ver con nosotros, eclosiona y vuelve naranja la noche. Entonces, me suelta excitado por ese otro fuego que nos hace visibles. Bajo esa luz inmunda, descubro que un coro de ratas deformes nos ha estado observando con aire reprobatorio. El demonio permanente de la producción ha licuado mi inútil gesto revolucionario. Evaristo se sube los pantalones con optimismo. Decido no volver a tocarlo. Es torpe y sabe a cloro. Una rata sin cola, vestida de operario, nos acompaña hasta la salida.

FILBA NACIONAL SANTA FE

2

Un año después, el recorrido nos llevó **a la tierra de Juan José Saer y al río que corrió siempre dentro de las entrañas poéticas de Juan L. Ortiz.** Fueron cuatro días de actividades, conversaciones, películas y conciertos con más de 30 participantes que revisitaron las huellas fluviales con las que la literatura marca la experiencia y la vida.

HEBE UHART

DE VUELTA A SANTA FE

(Conferencia inaugural)

He venido muchas veces a Santa Fe y siempre me alegro cuando paso por San Lorenzo, después aparecen los bañados, Santo Tomé y cuando veo el puerto digo “Ya llegué”. He pasado como dos veranos en ella y muchas veces fui en invierno y asistí a los encuentros literarios-festivos que organizaba el escritor Enrique Butti, gran recitador y gran bailarín. Se llamaban “Fanny 1” y “Fanny segundo” en homenaje a la empleada de Borges. Ahí se leían textos, se cantaba y se bailaba. Se hicieron en un predio destinado a los entrenamientos de jugadores de fútbol, había un tanque australiano donde los más audaces atravesaban un área tórrida y se bañaban. Dormíamos en un lugar muy alargado, las mujeres de un lado y los hombres al fondo, como corresponde. Una poeta de Salta llegó a la noche y se acomodó silenciosa entre las mujeres pero un delegado, creo que de Santiago, vino a los tumbos con una valija ruidosa al lugar de las mujeres y se deshizo en perdones. A la mañana siguiente, con esa capacidad de reinar sobre el ambiente y permanecer iguales a sí mismas de las mujeres, íbamos al baño que quedaba afuera y lejos, orgullosas y altivas con una bombachita escondida y el cepillo de dientes, pasando frente a unos poetas sentados al borde de la gramilla que se ve habían escanciado toda la noche, y hablaban de Nietzsche y Ezra Pound.

Pero eso fue hace muchos años. Ahora veo con satisfacción, por la información que me envía la Universidad del Litoral que desarrollan actividades de todo tipo, teatro, exposiciones, presentaciones de libros. Me alegro de veras. Pero me sigo preguntando por qué me gusta Santa Fe, aparte de los encuentros festivos. Me gusta porque está abierta a todos los puntos cardinales. Al este, a Paraná. Una vez estuve en Diamante y había una señora que me dijo: “Estoy sentada a favor del río”. Esperaba sentada hasta la noche para ver las luces de Coronada, Santa Fe y las estrellas. Me dijo “viera cómo loquean las estrellas”. Que no es lo mismo que decir cómo brillan o titilan. Y de este lado, en una fiesta en una quinta, vi la otra orilla del río y pregunté ¿qué son esas luces? Y ella dijo “Eso es Paraná”. Y también está abierta a Córdoba, y hacia el norte, y hacia Buenos Aires, ya en Santa Fe el pasto cambia su tono de verde y el calor prefigura el trópico, el norte. Todo esto se me presenta como un conjunto armonioso, abarcable, mientras que el Río de la Plata se me figura un abismo que me precipita al océano.

Toda esta tierra está surcada por el intercambio de caballos; en 1800, Santa Fe proveía de mulas al Alto Perú; poco después encabeza la liga del litoral con propósitos constituyentes. Halperin Donghi dice que en las tierras situadas en el límite de Rosario con Buenos Aires, en 1852, había más venados que vacas. Diez años después, Rosario era una ciudad europea. De la nada, de ser una posta de carretas, Rosario se convierte en gran ciudad, con todas las comodidades. (Se decía el Rosario, el Pergamino).

Pero de la Santa Fe de ahora hay varias cosas que me intrigan y a lo mejor después me cuentan. Cómo es que pobladores de sectores medios, no personas carenciadas, viven junto al río y aunque se les haya inundado diez veces la casa, no se mudan. Segunda intriga: muchas personas, pasada cierta edad se retiran en sus casas y no salen a la calle, como si hubieran hecho un voto de encierro. O se van a Rincón. Y tercera intriga: cómo es que siendo la población blanca del mismo origen racial que la de Buenos Aires, tienen más aspecto de europeos que los porteños. He visto muchas veces por la calle caras parecidas a las de los colonos, anchas y rozagantes, a las que les falta solo la patilla cercana a la oreja, como se ve en los retratos de sus ancestros.

Entrando en materia y ya que hablamos del río, del pasto y de los caballos, me gustaría recordar a un escritor local que a mí me gusta mucho y que considero olvidado, Gudiño Kramer. Ofrece a mi juicio un registro amplio y fino del mundo campero, suburbano y fluvial, es de la primera mitad del siglo veinte, contemporáneo del uruguayo Juan José Morosoli, gran escritor. Buenos Aires los ignora a los dos porque desconfía del cuento campero, muchas veces con razón. ¿Por qué? Porque en esos cuentos el canoero siempre canoa, el labrador no hace más que sembrar y el hachero ídem. Pero en estos casos que cito, los escritores entran en particularidades y creo que los detalles son propios de la buena literatura. G. Kramer crea un mundo de indios, criollos, entrerrianos, uruguayos, polacos que trabajan afirmando bulones en el río. Hay también curanderos, carnavales, donde los indios de los suburbios juntan serpentinas para hacer colchones y con los pomos plomadas para pescar. Aparece el club social de un pueblo con exigencias de vestimenta. No se podía entrar con bombachas y botas y los que no eran habitués del club temían entrar porque el piso era muy resbaloso (encerado). Aparecen las cajas de bombones que regalaban los enamorados y las novias usaban como costurero. Todos sabían que eran viejos pero valía la intención. Y uno imagina esas polvorientas confiterías dejadas de la mano de Dios. Aparece Don Goyo, que había clasificado a los lobizones en cuatro clases, el croto que se afina en un lugar y forma familia, don Cándido que hace primorosas monturitas para nenes. Lo primero que me llama la atención de G. Kramer es que sabe poner bien los nombres a los personajes y lugares. Un barrio que se llama “Malabrigo”, otro “Caballú Cuatía”. Un caballo, “Corazón”. Y las personas “Tolentino”, “Jovino”, “Edelgisto”, “don Marte”, “don Marciano”.

A mí un escritor que ha puesto un buen nombre al personaje me da buena espina. Es que ha atendido al personaje, se ha tomado un trabajo y además el nombre le marca un rumbo. Y

eso es lo que necesita un escritor: aprender a atender, a mirar y a escuchar, porque el trabajo del escritor no está en el acto de escribir, sino en toda una tarea previa de tener entrenada la mirada, el oído y la atención, para llegar finalmente a un determinado producto. Para eso debo tener sentido del detalle. Flannery O' Connor dice "Una gran parte de los escritores jóvenes obvian los detalles y las particularidades ya sea porque son demasiado vagos (con la acepción corriente nuestra de vago) o presumidos como para entrar en minucias". Es por eso que el principiante no se detiene en colocar un nombre adecuado al personaje, se considera por encima de esa tarea, cree que está para cosas mayores, como mostrar sus ideas, o mostrar que linda manito que tengo yo para escribir. Entonces cae en la idealización del personaje, como la del canoero que siempre canoa. Es también el caso de los abuelos que quieren escribir la historia de los abuelos para contarles a los nietos, según una idea abstracta de cómo debe ser un abuelo o cómo me gustaría que fuera. Y toda idealización es una mala forma de distancia. Si digo que fue un ciudadano probo, correcto, buen padre, es insuficiente, pero si añado que en sus ratos libres jugaba con trencitos, ya tengo algo mejor. Si digo que la abuela era linda, prudente y servicial, es poco, pero si añado que tenía la costumbre de rascarse sin parar, añado algo. Desde la tragedia griega, todo cuento empieza con un pero (Prometeo, Ajax, Antígona). Chejov, en su libro *Cuaderno de notas* dedica casi la mitad de las mismas a contar algo con un pero. Ejemplos: "Cuanto resquemor nos causa la sola idea de robar el dinero de nuestro padre, pero tomarlo de la caja... eso es perfectamente posible". Otro: "Ella es malvada, pero enseña a sus hijos a hacer el bien". De nuevo: "Ella es malvada, pero enseña a sus hijos a hacer el bien". Otro: "Lo he amado y no se lo perdono". Otro: "Muy pronto rematarán la propiedad, la pobreza de cada rincón salta a los ojos, pero los lacayos siguen vestidos como bufones".

Flannery O' Connor dice: "Los cuentos escritos por principiantes suelen estar preñados de emoción, pero ¿de quién es esa emoción?, no se sabe" En realidad sí se sabe, es la emoción del autor, pero es una emoción cruda, no elaborada propia del principiante que ve el mundo como le gustaría que fuera o como cree que deba ser. Hay, cuando nos ponemos a escribir, un montón de elementos del paratexto o circundantes al proceso, que todos tenemos pero que no hay por qué escribir, porque son una intromisión en la historia. Por ejemplo, sentimientos de melancolía por la propia infancia. Y además la abstracción simplificadora de la palabra "infancia" que me impide atender a lo concreto. Una cosa son los cinco, otra los siete, etc. Despejar un hecho o situación que voy a describir y colocarlo fuera de consideraciones de mi vibración epidérmica o de mi yo inmediato, me lleva a atender a lo contado, a

los personajes, de lo contrario voy a poner emociones más al personaje. Pero para atender hay que aprender ¿A qué? A esperar, básicamente a soportarse a uno mismo, a no impacientarse, a no querer terminar pronto, a no decir “ma sí” y poner una palabra por otra cuando no estoy del todo convencido de que sea la adecuada. A propósito de esto, Simone Weil dice: “Una dificultad es un sol”. Cuando el escritor se cansa del personaje, dice: “Ma, sí, me tiene harto”, “Ma si, yo lo mato” (O lo jubilo o lo divorcio o lo hago ir a Europa). Esta intromisión arbitraria del escritor es porque no se aguanta a sí mismo en relación a su texto.

Pero vuelvo a Gudiño Kramer. En su libro *Señales en el viento* aparecen también personajes urbanos, generalmente pequeña burguesía de la ciudad de Santa Fe. Los cuentos con tema urbano no son tan buenos como los de personajes rurales suburbanos o los de habitantes costeros; cuando habla de otros sectores sociales que no son el suyo y con los que supongo tendría intercambio social cotidiano, su mirada se enturbia ¿Por qué? Aquí sus textos están atravesados por su ideología. Hace aparecer muchas veces a esa pequeña burguesía como mezquina, hace juicios de valor, no le gusta mucho lo que ve, seguro que estaba pensando en cómo debería ser esa gente. Entonces no es una mirada decantada. Me vienen a la memoria los comienzos de “Por los tiempos de Clemente Colling” de Felisberto Hernández. Allí él observa cómo se han loteado unas quintas del barrio del Prado, en Montevideo. En una de ellas había una escalinata con unos jarrones simétricamente dispuestos, unos árboles espaciados. Es decir, un conjunto discernible desde un golpe de vista, armonioso y placentero. Al lotearse, todo quedó dividido en pequeños sucuchos, irregulares, difíciles de entender y de abarcar. Lo que ve le produce irritación, esa nueva realidad incomprensible venía a reemplazar a su quinta querida, de su escalera bajaba una señora con vestido largo. Entonces se dice (cito de memoria) “No voy a permitir que mis ojos miren malhumorados este nuevo paisaje”.

Las preguntas que se les suele hacer a un escritor sobre si escribe con lápiz de carpintero o con la computadora, si de noche o por la mañana, con rituales o sin ellos son inoperantes y revelan la idealización del escritor. ¿Por qué no preguntan a qué hora almuerza, o si va al baño una o dos veces por día, o si tiene los impuestos al día? Hay una más curiosa: ¿Desde cuándo se siente escritor? Como si ser escritor fuera producto de una iluminación divina. Y si de algo estoy segura es que es mejor que el que escribe no se sienta escritor porque además de que tiene muchos otros roles, comprador, integrante de consorcio, etc, inflar el rol conspira contra el producto obtenido porque la vanidad aparta al que escribe de la atención necesaria para seguir a su personaje o situación. Esto es lo que Simone Weil denomina hu-

mildad intelectual, que es la atención, la capacidad de salirse fuera de sí mismo. Dice (cito de memoria) “El virtuosismo en todo arte consiste en la capacidad de salirse de sí mismo”. Katherine Mansfield dice en su diario: “Por qué será que cuando escribo algo bien me pavoneo y lo que escribo a continuación me sale mal?” Y es porque la vanidad me coloca en otro plano.

El otro día estaba mirando por Incaa TV la vida de Haroldo Conti. Él dijo: “Entre la literatura y la vida, elijo la vida”. Yo no entiendo la literatura y la vida planteadas en dicotomía. Para mí, todo lo que sirve para la literatura sirve también para la vida. Por ejemplo: Para escribir hay que estar a media rienda, si estoy demasiado eufórico me saldrá algo que parece hecho por un borracho o drogado, si estoy muy deprimido veré el mundo tan negro que nada valdrá la pena, un estado de depresión me impide mirar nada. Aprender a convivir con uno mismo sirve no solo a la literatura, sino también a la vida y también aprender a vencer una dificultad, sea no encontrar una palabra adecuada o el mejor modo de tratar al perro.

Empeñarse en dar lo mejor de uno mismo también sirve para las dos. A veces uno vive por debajo de su propio nivel y se siente raro y desconcertado. Yo recuerdo que como a los diez años me mandaban a reparar los muebles, no me gustaba, nunca me gustaron las tareas domésticas de reparación porque no lucen, entonces yo limpiaba así nomás, la mesa tenía un vidrio que jamás levantaba porque me parecía desagradable su peso y no entendía su función, debajo de la mesa que tenía unas patas había un misterio oscuro y pelusiento. Entonces yo hacía un repaso superficial, pero después me sentía una impostora, ese sentimiento iba acompañado por una conciencia difusa de mi escaso valor como persona y es porque no era capaz de rebelarme ni de someterme. A veces uno se siente escribiendo o viviendo por debajo de algo mejor posible y se siente en falta.

Y en cuanto a la vanidad, tampoco ayuda en la vida. Yo, que tengo poca capacidad tecnológica y que cuando aprendo una cosa ya viene otra que debo incorporar, pago las expensas en el cajero automático. Aprendí a hacerlo, pero justo en el penúltimo movimiento me digo “Qué bien, cómo sé, que maravilla”. Y me olvido de poner el recibo dentro del sobre.

SELVA ALMADA

LA INUNDACIÓN, DESPUÉS

(Bitácora)

El río fue engordando, dice, y yo me imagino a un animal cebado, a una bestia enojada o asustada hinchando el lomo.

A la mañana temprano, dice, empezó a escuchar las primeras noticias de la crecida por la radio. Empezó a llamarle la atención, dice, a preocuparlo.

Cuando clareó el agua tapaba la vereda de su casa, dice. Igual nada raro, siempre que llueve mucho pasa. Pero al rato ya estaba en la puerta, dice. Y al mediodía tapaba los dinteles. Y él, su madre y su hermana fueron echados de la casa por el agua.

Para la tardecita, todo bajo agua, agua por donde mires, agua hasta donde llega la vista. La inundación tragándose barrios enteros. La mayoría pobres, el chaperío flotando, los electrodomésticos flotando, las mascotas, los soretes. Algunos pocos asistiendo al espectáculo horrible desde las terrazas de cemento, lo único en pie y más o menos seco. Allí, entre tanta agua, quién diría que es una terraza. Más bien una vereda y gente sentada en sillas playeras, protegiendo las pocas cacharpas que pudieron rescatar. Porque a la noche y aun en la tragedia, los rateros acechan. Nunca mejor puesto el nombre: rateros, pobres en desgracia contra otros pobres en la misma desgracia. Noche cerrada y sin estrellas. La inundación, un espejo negro. El cielo otro espejo negro. La noche, un solo crespón.

Vi pasar caballos, vi pasar lavarropas, vi pasar una estufa, vi pasar un auto, vi pasar basura, vi pasar esos dos tanques que vos ves ahora ahí, enormísimos, los llevaba el agua tan tranquilamente como si fuesen, los tanques, apenas dos boyitas, dice. Y vi pasar un hombre muerto flotando, dice. No era un cristiano, era un chancho, mujer, dice el marido que lo vio todo junto con ella. No era un cristiano, repite para convencerla y convencerse, era un chancho. Era un hombre, lo porfía ella. Era un chancho, dice él, bajito, moviendo la cabeza.

Y en la cancha de Colón, esas rejas que ves al frente, dice, de ahí se agarró una mujer cuando se le dio vuelta el bote en plena noche. Venía la mujer con su bebé, dice, pero la corriente se lo arrancó al chico de los brazos y lo fueron a encontrar al otro día, dice. Ella, prendida de las rejas como se prenden los hinchas del tejido, toda la noche bramando, pobrecita.

Pienso, ahora cuando hay partido, entre el griterío y los cantos de la hinchada, ¿se colará de vez en cuando el llanto de la madre?

Gobiernos, dice; cuarenta años, dice; corrupción, dice; desvío de fondos, dice; el pobrerío

expulsado a la periferia, dice; plan sistemático, dice; quedamos cada vez menos, dice; todos los martes damos vuelta a la plaza principal, dice, porque martes era cuando empezó la inundación. Rabia, dice; injusticia, dice; indemnizaciones miserables, muertos no declarados, la construcción de una pista de tc 2000 con la plata destinada a los inundados. Dice y no se cansa de decir y seguro que decirlo todo el tiempo es lo único que lo mantiene en pie.

FILBA NACIONAL AZUL

3

Ciudad cervantina, **ciudad de literatura gauchesca, a Azul la abarcan tradiciones disímiles y paisajes calmos**. Repleta de bibliotecas, y con la marca indeleble del arquitecto Salamone en muchos de sus trayectos, es ante todo, territorio de la literatura. Más de 30 autores y músicos celebraron con textos y canciones esta edición del Filba Nacional.

PEDRO MAIRAL

BABAS DEL DIABLO

(Bitácora)

Me llevan a la Trapa, un monasterio donde me han dicho que los monjes se autofinancian, cultivan su comida, elaboran su propio vino y sobre todo hacen voto de silencio. Me recomendaron que comprara ese vino, y dulce y un licor muy bueno. Vamos en combi desde Azul, una ciudad al sur de la provincia de Buenos Aires. Por el camino veo un cartel que dice Zona militar, prohibido estacionar o detenerse. Es el Arsenal Naval Azopardo, donde estuvo presa Isabel Perón tras el golpe del 76. Vamos por la planicie entre maizales crocantes, listos para la cosecha de abril. Los camiones repletos de toneladas de semillas nos peinan a contramano. Bajo un rato la cabeza para anotar estas cosas y cuando vuelvo a mirar estamos en otra geografía. Vamos entre piedras y un principio de montaña. ¿Cuándo pasamos de la pampa plana a esto? Hubo un salto en la continuidad. Entramos en el monasterio trapense por un largo camino de eucaliptus que sube hasta la cima de una sierra. En el estacionamiento hay un cartel: El monasterio es un lugar de oración. Ayúdenos a mantener un ambiente de paz y silencio. Nos recibe el hermano Maximiliano. Un chico sonriente con anteojos y hábito marrón con cinturón de cuero. El plan es dejarnos al poeta Roberto Glorioso y a mí en el monasterio hasta la noche. Los organizadores nos despiden con un abrazo como si fuéramos a ordenarnos. Vamos a la iglesia, al primer oficio.

Pasamos por dos grandes puertas que no hacen ni un solo ruidito. Las bisagras están ultra aceitadas y, según noto después, tienen unos cierra puertas neumáticos alemanes muy buenos que evitan el portazo. Un cartel dice: Por favor guarde silencio y escuche a Dios. La iglesia es imitación medieval pero de ladrillo y con grandes vigas de madera a la vista. Al fondo, un vitral de la Virgen. Los monjes en los coros laterales. Con nosotros, en los bancos de los fieles, hay cuatro monjas de hábito negro. No están sentadas juntas sino en formación aeronáutica.

Los monjes cantan sus salmos y callan. Finalmente, se hace silencio. Escucho a Dios: suena como un amplificador encendido. De hecho hay un amplificador encendido. Una vibración eléctrica en el aire. Detrás el zureo de las palomas. Enseguida noto nuestra incapacidad para hacer silencio. Roberto y yo, los únicos visitantes, sonamos incluso cuando estamos casi inmóviles. Nuestras camperas inflamables de 100% nylon y polyester suenan como Robocop cada vez que nos rascamos la nariz. Roberto saca un pañuelo de papel y el plástico del paquetito es el protagonista absoluto del instante. La ropa de algodón de los monjes no suena, aunque las suelas de goma de sus zapatillas un poco sí.

Almorzamos solos en un comedor de la portería al que llaman locutorio. Ahí dentro se puede hablar en voz baja. Sopa de zapallo, vino, ensalada y arroz. Los puros alimentos cultivados in situ. El vino episcopal. La vajilla es de plástico rojo. Le pregunto al hermano cómo hacen

el vino. No hacemos el vino. ¿Pero cultivan verduras, zapallos? Tampoco. Es todo comprado. Nos cuenta que cultivan soja y maíz porque es mucho más favorable económicamente. Hago un esfuerzo y el vino de damajuana me sigue pareciendo bueno.

Salgo a caminar solo. Quiero rodear el monasterio pero no se puede. Leo 14 veces la frase “No pasar” en cartelitos de todos los tamaños. De la entrada de la iglesia y la portería salen hacia los costados dos alambrados tensos con alambre de púa arriba. Simulan ser alambrados para contener animales pero son para contener turistas. Después noto que más adelante el alambrado tiene un segundo alambre eléctrico un poco por detrás y carteles de Peligro con dibujos de rayos. Hay estrategias de silencio y estrategias de clausura. Alambrados, puertas con candado y llave, ligustros muy tupidos por donde no pasan ni los perros, y carteles verdes prolijos en letra de imprenta: Clausura, prohibida la entrada de vehículos y peatones. Monasterio trapense, lugar de silencio y oración. Pinar, ayúdenos a preservar el clima de oración. No es lugar para pic nic, ni tomar sol, ni jugar a la pelota. Gracias. Pinar, este lugar forma parte del ambiente religioso del monasterio. Prohibido el acceso a vehículos, excepto con ancianos impedidos.

Basta que me digan que no puedo pasar para que me den unas ganas locas de saltar el alambrado. Yo podría recorrer todo en silencio total, podría no molestar. Mi cuerpo deambula buscando un hueco. Imposible. La oveja siempre queda dentro de los límites. Quiero ver la espalda de esto. El culo. Me empieza a agarrar bronca. La visita al monasterio trapense es la visita a la iglesia y al estacionamiento. Una prolijidad militar me empieza a poner nervioso. La grava. La poda. Las áreas restringidas.

A las 2 voy a otro oficio cantado. Un monje bosteza mucho. Me fijo cómo funciona ahora el intento de reducir al prójimo a su mínima expresión. No hay muecas, ni risas, ni llantos, ni comentarios. Son los extremistas del silencio. Salvo por los salmos. Si un monje es desentonado, ¿lo excomulgan, lo echan de la congregación? Ahora cantan: “Señor, recubre mi cabeza en el momento del combate. No satisfagas los deseos del malvado. Que se acumulen sobre ellos carbones encendidos, que caigan en lo profundo y no puedan levantarse. Que los difamadores no estén seguros en la tierra y la desgracia persiga a muerte al violento”. Copio estas líneas textuales del breviario. La salmodia es uniforme. No hay segundas voces. Hay tecladista de órgano sintetizado.

Terminan. Quedan las cuatro monjas en los bancos y un monje en el coro, sentado, orando. Ahora sí hay silencio. Por los vitrales se cuele una luz amarilla, oblicua. Y de golpe entran ellos. Los oigo primero. Susurran a los gritos. Sacan fotos con ese clic de obturador grabado de los celulares. Berta, Berta, grita uno en voz baja, Berta, sacale al techo, que no te vean.

Quiero ver qué es ese ruido. Son tres parejas de motoqueros sesentones con ropa de Ángeles del Infierno. Pantalones y camperas de cuero que crujen con cada paso, chillan en el roce, como una academia de globología en hora pico. Una de las monjitas sale del trance y se da vuelta espantada. Esto es cierto. Sucedió el 11 de abril del año 2014 a las 2:15 pm en el monasterio trapense Nuestra Señora de los Ángeles. Roberto Glorioso es testigo. Afuera los Ángeles del Infierno me piden que les saque fotos posando cada uno con su Harley Davidson y con el monasterio detrás.

Algo en mí ya se empieza a retorcer. Salgo por el camino. Hay sol y pasan lentas por el aire las telarañas. Las llaman babas del diablo. Los ángeles del infierno, las babas del diablo. Es eso. La verdad que no soy nada sin mi diablo, cantan los Babasónicos. A mí, al Señor de abajo, el que se hace el Whitman diciendo que contiene multitudes, a mí, que soy Legión, me vienen a someter a 8 horas de monasterio. En las arenas bailan los remolinos de mi demonio de Tasmania. Los alambres contienen a la bestia. La bestia turista. El turismo es pecado, dice Herzog y tiene razón. Quiero sentarme en una piedra. No se puede. Quiero caminar por la sierra. No se puede. Quiero verle el culo a la piedra. Pasa una mariposa color durazno. Y otra. Y otra. Pasa una oruga por las piedritas del camino. Quiero verle el culo a Dios. Pasa una mariposa blanca. ¿No ves que Dios está en todas partes, hijo mío? ¿No escuchas acaso el viento entre los árboles? Sí, pero quiero ver detrás de Dios. Quiero mirar el sol sin quedar ciego.

Llego a la ruta. Pienso en irme caminando hacia Azul. Que me encuentre la combi cuando nos venga a buscar. Hacerme el misterioso, el anacoreta que viaja a pie. Pero por ahí no me ven y alarmo a todos y me congelo en la ruta de noche. Me quiero ir de acá. ¿Por qué la bronca? ¿Qué te pasa? Hace casi 10 años que mi madre está en silencio. Su cerebro está en silencio. No sé dónde está. Le tengo rabia al silencio por lo mucho que perdí, dice Atahulapa, que no se quede callado quien quiera vivir feliz.

Vuelvo. Ya cae la noche. Estoy cansado. Quiero un dios que tenga culo. Los perros de la Trapa no ladran, me hace notar Roberto. Vemos el cielo rojo. Tomamos un té y entramos para el último oficio. Éste es a oscuras y es el más largo. Los monjes se congregan frente al vitral de la Virgen. Le cantan. Yo tenía hace tiempo una estampita de la Virgen Desatanudos con una errata. Decía, “Madre, desata los mudos”, con eme. La virgen de la errata. La Virgen Desata Mudos. Yo no quiero enmudecer como mi madre. Quiero decir y cantar. Podría creer en la Virgen, no en dios que me parece muy abstracto. El vitral de la Virgen es alto y rosado y amarillo. La Virgen sostiene a su hijo con un brazo y en la otra mano sostiene una luz o una flor. Los cánticos se elevan hacia ella. ¿Alguien sabe adónde está mi mamá?

MARTÍN ZARIELLO

SALAMONE

(Bitácora)

Durante buena parte del paseo, Azul parece el sitio en el que ocurren los poemas de Borges de los años 20.

Los proyectos edilicios de Salamone intervienen violentamente el espacio.

Es como si la ciudad fuese escrita por Borges y por Gironde al mismo tiempo.

La distancia simbólica que existe entre una y otra estética poética es la medida del extrañamiento que la ciudad le propone al visitante ocasional.

La imagen monumental del ángel que protege el cementerio provoca un shock, hay algo aterrador en esa imagen, como si estuviésemos ante el patovica total, uno que ya no te discrimina por negro o estar mal lookeado, sino que directamente deja afuera del boliche a todos los que están vivos.

No conocía la obra de Salamone, carezco de presupuestos intelectuales para describirla, y si los tuviese probablemente tampoco sabría qué decir.

Todos me dijeron que al no haber diagonales, es imposible perderse en Azul: “es un cuadrado”. Bien, creo que le encontré el lado oscuro al cuadrado, porque me perdí por lo menos dos veces por día.

Salamone provoca una subversión espacial, como si el solo hecho de ver las estatuas o el plano laberíntico de la plaza tuviese un efecto narcótico que altera el eje de quien mira.

De esta manera intento responsabilizar a Salamone de mi absoluta falta de orientación en espacios reducidos.

Aunque se conocen las circunstancias políticas y sociales en las que Salamone craneó sus obras, las construcciones poseen un carácter inescrutable que hace pensar que detrás de todas las razones conocidas hay un secreto que se mantendrá oculto por el resto de la eternidad.

Pienso que todos los habitantes de Azul conocen el secreto pero se trata de esos conocimientos pre-empíricos, ineludibles para quienes los poseen pero imposibles de expresarse ante un recién llegado.

El paseo Salamone le otorga un plus de diferencia a la ciudad, aquí podría filmarse una película de David Lynch, esta ciudad también podría haber sido inventada por Roberto Bolaño.

Matías Jesús Almeyda es la celebridad deportiva más famosa de Azul y uno de los ídolos de mi infancia. Observando detenidamente la figura del ángel descubrí algo revelador: el ángel y Almeyda son exactamente idénticos. El físico bien trabajado, el mismo corte de pelo, en fin, ese aire de guerrero erótico a la Game Of Thrones que enamora a todas las mujeres. Pero hay una bonhomía en Almeyda que el ángel, tan temible, no representa. Y en ese punto ingresa la tradición cervantina de la ciudad: pocos jugadores más quiijotescos que Almeyda.

Desde mi nacimiento nunca viví fuera de Mar del Plata. Una de las cuestiones que me inquietan cuando estoy de viaje es caminar y no encontrar el mar por ningún lado. El mar es el desintegrador más eficaz contra la vanidad, nadie que lo mire puede sentirse importante.

Luego de transitar la ruta Salamone se me ocurre que cuando los habitantes de Azul caminan por ciudades ajenas, lo que echan de menos no es la llanura, común a una extensa zona de la región pampeana, sino las irrupciones desconcertantes de Salamone. Entienden que sin esa escenografía sus vidas serían completamente diferentes.

**FILBA
NACIONAL
MAR
DEL
PLATA**

4

Mar del Plata condensa una cantidad de elementos centrales en el imaginario argentino que difícilmente puedan ser agotados por un festival literario de cuatro jornadas: de **balneario aristocrático a posibilidad de democratización del tiempo de vacaciones**, de lo exclusivo a lo abiertamente popular. Con el mar como escenario, 25 escritores y artistas abordaron los límites siempre difusos y contaminados entre vida y literatura.

MARÍA MORENO

ALFONSINA STORNI

(Necrológicas)

El 25 de octubre de 1938 se suicidó Alfonsina Storni arrojándose al mar desde la escollera del Club Argentino de Mujeres de Mar del Plata. Cenicienta trágica, perdió un zapato antes de saltar, un mocasín que es el calzado de la mujer moderna: en su taco chato se depone toda coquetería para asegurar la velocidad en la marcha por la ciudad a la vez que ahorra en cordones, ese elemento que no siempre el magro bolsillo del pobre, logra reemplazar.

Se la recuerda jugando al truco en el hotel Castelar, rompiéndose las uñas contra las mesas rústicas del Génova a donde iba con la banda de la revista *Nosotros* –en ese caso zapatos de salir con taco carretel, sombrerito en forma de escupidera –yendo a lo del médico con Quinquela Martín. Se la asocia a un feminismo larval, a una poesía de hembra en celo, pero sosegable en los recitados de salón. En realidad fue una vanguardista cuya poesía encubrió la inmensidad de su obra periodística. La crítica y poeta Delfina Muschietti es quizás quien mejor ha corrido a Alfonsina de los clichés que la quieren romántica y pedagógica, o suicidada y sin género. Fue ella quien mejor expuso las complejas operaciones de esos textos en donde el conflicto entre “una voz mendicante” y otra “de loba” van produciendo un tono experimental y al mismo tiempo capaz de obtener inéditas resonancias populares.

La política editorial, puede decirse, no es inocente de la sustracción, durante décadas, de los ensayos y artículos de Alfonsina a la vida pública: era preciso conservarla dentro de las figuras cristalizadas de las mujeres en la cultura: la loca, la puta, la suicida, la nena, la maestra. Para eso sólo hacían falta los poemas y el mito.

Feminista sin declaraciones, o con estratégicas declaraciones contrarias (“yo pienso que el feminismo es la carrera de las fracasadas”), –treta del débil en una época sin voto ni derecho a la existencia más allá del normalismo–, Alfonsina llegó a ser vicepresidenta del Comité Feminista de Santa Fe e integrante de la Comisión Pro Derechos de la Mujer de 1919, y defendió a Elvira D’Aurizio, una mujer que había matado en pleno juzgado al padre de su hijo natural que se negaba a reconocerlo, hecho que fue avalado por el juez: “Fácil ha sido siempre advertir que el espíritu argentino tiende a proteger al individuo en desmedro de la sociedad que lo integra: todo, en nuestro país, delata al individualismo imprevisor y sensual, atropellando la ley para beneficiar a un hombre, a una institución, a un interés creado cualquiera”. Lejos de beneficiarse como excepción femenina, Alfonsina dialogó con otras Lilith de su época: la socialista Carolina Muzzili y la anarquista Salvadora Medina Onrubia de Botana.

Los textos periodísticos de Alfonsina no combinaban con el alma atormentada y neo-rusa del

ErDOSAIN de Roberto Arlt ni con las geometrías especulares del puritano Jorge Luis Borges que la llamó “comadrita”, que es como decir compadrito en clave materna. Y si no se animó a llamar así a Evita fue porque esta le resultaba incalificable luego de haber enviado a una Doña Leonor Contrera a la cárcel del Buen Pastor. Alfonsina es oscura frente a la vanguardia martinfierrista que levanta como vestal a Norah Lange, cuya madre prohíbe besarse bajo techo. Alguna vez, una Alfonsina de visita se dejó robar un beso por Horacio Quiroga mientras los dos cumplían la prenda de besar a dúo cada una de las caras de un reloj sin que se tocaran los labios. Delfina Muschietti la enfrenta a Borges bajo el subtítulo de Storni 1, Borges o publicado por *Radar libros* el 6 de agosto de 2000. Cito: “Cuando la despreciada firma de la Storni concurre con la de Borges en una misma revista literaria, resulta que el texto de ella se adecua mucho más claramente al programa de vanguardia que el poema que firma el varón pensativo que parece ocuparse de los sentimientos (los “trebejos” que conmueven en los versos de las “muchachas”) ordenados además en estrofas clásicas de cuatro versos en los que se alternan endecasílabos y alejandrinos y, más tradicionalmente aún, eneasílabos y decasílabos. El poema de Alfonsina, en cambio, tiene una disposición totalmente irregular: una larga tirada de versos sin estructura estrófica ni patrón rítmico irregular. Escrito en verso libre y fragmentario, se acerca al lenguaje coloquial y prosaico”.

Par de los varones, pero sin que encontrara en ninguno de ellos un amor simétrico que ella pudiera reconocer como tal, impar entre las mujeres, era la loba, la oveja descarriada, la que no tiene plata para comprarse medias. Cuando muere, no sólo sigue siendo una mujer desaparecida sino que le falta un pecho. En su poema final “Voy a dormir”, que envía a *La Nación*, parece permitirse una pequeña venganza; ella, que tanto esperó, hace esperar: “Ah, un encargo, /si él llama nuevamente por teléfono/ le dices que no insista, que he salido”. Pero Alejandro Alfonso Storni, el testigo, terminará por sugerir que es un equívoco. Ese “él” es de Yocasta. O bien es un secreto que escapa a su testimonio.

“El 18 de octubre de 1938 -me contó su hijo Alejandro- yo la acompañé hasta la estación Constitución, donde ella embarcó para Mar del Plata. No quería que fuera porque ella me había dejado una serie de encargos en donde yo tenía que ser muy torpe para no darme cuenta de que no la iba a ver más: por ejemplo, órdenes para cobrar los sueldos de ella y unos versos publicados en *La Nación* el 16 de octubre. Pero yo no cobré ni su sueldo ni el mío. Imagínese qué se puede pensar de alguien que le deja una orden para cobrar el sueldo

de enero. Mi madre era una persona de mucho carácter. Lo que ella decía era lo que valía. No cabía decirle: “Pero si vos vas a estar de vuelta acá”. Yo sabía que no iba a estar de vuelta. Lloré toda la noche”.

En los textos de Alfonsina, en su leyenda, siempre aparece un exceso de coacción: la pobreza, las dificultades de vivir sin ser “casta de buey”.

En el caso del motivo de su suicidio –una enfermedad incurable– no sería más que una oportunidad, el suicidio mismo, un acto de soberanía que la hermana con su amigo Quiroga en el morir en los cabales porque más pudre el miedo, como le dijo en un poema cuando él ya no podía leerlo. Ella sin marido–nunca pareja de ningún varón en una yunta duradera y pública, tuvo un suicidio en serie con Lugones y Quiroga, es decir se sumó, restándose.

Alfonsina se toma revancha contra ese ineludible cuerpo a cuerpo con los otros y el mundo, adelantándose con un gesto a la metástasis. Y esa soberanía la saca de la pequeñez de quien teme el dolor, la degradación, la imposibilidad de ser deseada, sobre todo la excluye del suicidio “femenino”, argumentado en el amor y la pérdida de la belleza. Si dice en su última carta “me arrojé al mar” y no “me mato”, es porque su ademán apunta más a ganar de mano y sustraerse a su imparidad que a terminar con lo inaguantable.

Hubo una Alfonsina que se suicidó en Mar del Plata el 25 de octubre de 1938. La otra Alfonsina seguirá emergiendo en poemas y aguafuertes custodiada por nuevas generaciones críticas hasta que ella pueda devolverle a Roberto Arlt con un puñito firme de normalista el cross en la mandíbula que él pedía para la literatura, y, de paso, embocárselo a Borges.

JUAN JOSÉ BECERRA

OBRA Y ARTE DE HAVANNA

(Bitácora)

A Rafael Cippolini

El artículo 761 bis del Anexo I del Código Alimentario Argentino sancionado por la Ley 18.284 de 1971 dice: “Se entiende por alfajor el producto constituido por dos o más galletitas, galletas o masas horneadas, adheridas entre sí por productos, tales como mermeladas, jaleas, dulces u otras sustancias o mezclas de sustancias alimenticias de uso permitido. Podrán estar revestidos parcial o totalmente por coberturas, o baños de repostería u otras sustancias y contener frutas secas enteras o partidas, coco rallado o adornos cuyos constituyentes se encuentren admitidos en el presente Código”.

No nos dice nada de la forma, lo que sugiere que se permiten todas, abriendo un momento de crisis formal que ya fue resuelto. Los fabricantes fueron a lo seguro, es decir a los cuerpos de la geometría clásica: el cilindro y el prisma rectangular. Desde su origen, que es anterior en varios siglos a la ley que define su materia prima, el alfajor buscó su perfección en el clasicismo. En el clasicismo y en el miniaturismo, y también en el narcisismo, porque un alfajor ¿qué es sino una torta para uno solo, una torta blindada e incapaz de abrirse a la distribución cooperativista o a la concesión? Un alfajor es una dosis indivisible, un cuerpo sellado, una cápsula. No hay que confundirse: bajo su aspecto de porción late la totalidad. Salvo un adoquín o un ladrillo macizo, no hay nada más concreto que un alfajor.

En la Argentina se venden 2.200 millones de alfajores por año, a un promedio de 55 por persona. La frecuencia va en necesidad y gustos. Uno por semana sería la variedad homeopática de un consumo sano. Pero es difícil. Desde que empecé a escribir estos recuerdos ya comí dos, los dos blancos de la fábrica Havanna, donde estuve hace tres días cumpliendo el sueño imposible de entrar a un lugar con todas las ilusiones y salir mareado de satisfacción. ¿Y ahora qué? ¿Cómo voy a hacer para bajar de esa experiencia, al mismo tiempo lujosa y ascética, de haber incursionado en el interior profundo del mito?

Las chimeneas mezclan sus olores en el ambiente, donde no sobrevive la identidad de ninguno, y forman un gas inédito con esporas de dulces y harinas. No faltará mucho para que los skaters de Mar del Plata se reúnan en la puerta de la fábrica para fumarlo en ranchadas. Entretanto soy el joven Werther en avenida Constitución, esperando conocer aquello que vengo amando con tanta plenitud que la hostilidad de la frontera en que nos detienen me cae muy pero muy bien. Es la hostilidad de la excelencia. Vamos a pasar, por supuesto, pero lo haremos como el cirujano que va a operar a un presidente, ajustando todos los recaudos

de la asepsia, esa bioparanoia por la que terminamos disfrazados con guardapolvos, cofias y barbijos.

Somos una partícula extraña en un reino que sólo acepta la combinación de purezas. Un miligramo de polvo que se filtre en la línea de montaje es suficiente para detener el mundo. La jefa de control de calidad de la planta, María Lamatina, prueba la eficacia del sistema. Apoya una insignificancia metálica en la cinta sinfín que transporta las tapas de alfajor, se oye un breve golpe de sirena, se detiene la cinta y se abre un pozo de Alicia por donde caen las quince o veinte unidades sospechosas. Es el momento policial del just in time que ya quisieran vivir los comisarios de todo el mundo, porque lo que se detecta es el delito en su fase flagrante y con la bendición de atrapar al ladrón con sólo estirar la mano.

La ronda dura dos horas de éxtasis y no me dan ganas de divulgar sus detalles sino de atesorarlos en un silencio interior para soltarlos cada tanto como haikus del rubro repostería:

El oro y la plata
de los envoltorios
cubren el manjar.

El horno templea
el alma oscura
del chocolate.

Clavarme a lo bestia
con gran egofilia
este Havannete.

Estoy acá por un secreto y ninguna maravilla me distrae hasta llegar a él. En una sala de máquinas un repostero está haciendo ese secreto: el merengue italiano que cubre el alfajor blanco. Una batidora gigante hace girar el merengue en un bowl de acero de unos sesenta litros. La mano de obra (la mano de obra de arte, para ser precisos con la experiencia) vuelca constantemente en el interior del merengue una jarra con almíbar. El ritmo con que lo hace es, sin dudas, una escritura que no se puede emular, una naturaleza indescifrable pero visi-

ble que se filtra en los intersticios de esa máquina insensible llena de poleas, llaves térmicas y palancas que llamamos fábrica.

Pero afuera de este milagro ocurre otro que es aún mejor porque, además de manifestarse como la realidad de un teatro imposible, yo ya lo había visto en mi imaginación. Es una escena importada del pasado mítico e iconográfico de la Revolución Industrial. Hay unas treinta mujeres sentadas a un lado y otro de una cinta sinfín, de espaldas a la corriente que trae los alfajores todavía sin cobertura. Dos palabras para este paisaje: río, camalotes.

Las mujeres estiran una mano sin mirar y levantan el alfajor; en la otra tienen una espátula con la que lo cubren y vuelven a dejarlo en su lugar en una maniobra que tiene la velocidad de la luz. Y allí van los alfajores blancos rumbo al horno en busca de la consistencia mate del yeso que los convertirá en algo más que alfajores: los convertirá en esculturas, es decir en lo que son y en lo que representan.

Me curo de la resaca de placer en la pileta del Hotel Provincial. Sobre una pared hay una foto gigante de la costa que reproduce la zona del centro. Desde un punto de vista marítimo esa es la fachada de la ciudad. En la cordillera de edificios se destacan los bloques de Bustillo y la torre Demetrio Elíades, conocida vulgarmente como Edificio Havanna y reconocible por sus líneas racionalistas que nada tienen que envidiarle a las de un alfajor. Pero debe haber algún chiste de perfil masónico en el hecho de que en la planta baja haya en un extremo un punto de venta de alfajores Havanna y en la otra uno de alfajores Balcarce.

Quizás sea una concesión de Havanna a la competencia, concentrada en el reconocimiento de su rival más leal y más antiguo. Es un gesto perdonavidas que empieza y termina en la planta baja. En la planta alta, a 125 metros del suelo, no hay lugar para dos. El cartel luminoso con la marca (la marca de una de las pocas unanimidades argentinas) es uno solo, y es un cartel pero también es otra cosa. Es un faro que, a diferencia del faro oficial de Punta Mogotes, no se rebaja a una frecuencia de destellos: destella siempre.

FILBA NACIONAL SAN RAFAEL

5

A los pies de enormes montañas y un viento que rugía sin interrupción, comenzó la quinta edición del Filba Nacional. En una ciudad donde no llueve nunca, el peor temporal en años acompañó, sin faltar, los cuatro días del festival. En este festival exploramos la frontera, en una ciudad que la tiene como referencia obligatoria, ineludible. Límites simbólicos, reales, geográficos, políticos y ficcionales fueron los que atravesaron las más de 35 actividades en las que nos encontramos en lecturas, charlas, experiencias literarias y música.

MERCEDES ARAUJO

CÓNDORES INCONMOVIBLES PLANEANDO BAJO

(Bitácora)

Respirá, respirá el aire fresco. Trae vahos de jarilla macho.

Él es flecha y nos va a seguir todo el trayecto, lo presenta.

Respiro y veo el rabo de Flecha, va y viene, va y viene. Flecha es agalgado en las costillas, tiene el pelo corto y duro y un poco de barba. Caracolea las caderas con el hocico en el suelo, levanta las orejas.

La jarilla macho, la hembra y la jarilla orientadora. La orientadora, o la Norte-Sur que le dicen, la hojitas se disponen con el frente hacia el este y el reverso hacia el oeste, busca el sol tibio de la mañana y el de la tarde, pero evita el del mediodía. No es tonta, no se desagua.

Olé, olé bien, el aire huele a tomillo.

La jarilla es lo contrario al cactus. El cactus no regula, consume agua sin cuidado, al final cualquier roce hace que explote y se seque, sentencia.

Pensar en los excesos del cactus justo hoy.

Hace un día que llegamos y desde entonces atravesamos, primero un viento frío y húmedo que empujaba nubes turbulentas, luego víboras eléctricas rasgando el cielo y al fin, una feroz granizada anunciada por nubarrones cargados, a los que no les creímos nada.

La granizada se anunció en un bramido, primero, después en un rugido estrepitoso y ahí nos quedamos, conversando de pie, las cabezas listas para la pedrada.

Y los granizos del tamaño de un damasco, cayeron y rebotaron.

Desde entonces, treinta escritores arrastramos cuerpitos escurridos bajo el aguacero.

Esta mañana partimos a la caminata encebollados, remera, buzo, campera. Nadie trae zapatos apropiados. Él no, él anda en remera y manda. Demasiada ropa, dejen las camperas en la camioneta, nos dejamos, corderitos de cara negra.

Flecha avanza por una huella que sube acaracolada, hecha y contrahecha de curvas bordeando el acantilado. Recién arriba se da vuelta. Nosotros no, nosotros iremos poniendo una pisada detrás de la otra, cuidadosos y retobados, no nos gusta el barro y no trajimos el cuerpo con los músculos adecuados. Pero tenemos el corazón caliente, nos convencemos, y ahí vamos, las rocas aplacadas, los bordes filudos rodeando el arroyo.

¿Sobre qué escribir? Sobre nombres. De lugares: Rama Caída, Agua del toro, Los Reyunos, Los Chihuidos; de Cerros: El Sosneado, El Guanaquero, El Overo, el Blanco y el Malo, de chica los recité de memoria. Y sobre animales, un vizcachón, una ranita esteparia, el sapo espinoso, un pato del torrente, el gecko de Darwin, una dormilona ceja grande.

Cada tanto alguien pregunta, ¿y esta planta, que huele medio dulce pero venenosa? La chañar brea, la plantita que se desnuda.

Esto no es montaña ni cordillera, es bloque exhumado, el sanrafaelino pampeano, enseña el que manda. Exhumó hace trescientos cincuenta millones de años, al verle la cara a la roca, se aprecian. Lo llamamos el milhoja. Una capa sobre la otra. Una adentro de la otra.

La roca está atravesada por miles de pequeñas líneas de hierro oxidado.

Resbalamos sobre la huella empantanada. Un escritor pelea con los pies en el barro de la orilla. Los zapatos son de ciudad avisa, si me encajo, voy a usar ojotas durante los próximos tres días.

Flecha se aleja, tan rápido, sin peso y nos mira de lejos. El que manda no, el que manda nos mira de cerca hasta que se cansa y se aleja, camina bailando, como un zorro.

Cada tanto advierte, acaricien la roca para sostenerse. O: por ahí no, eso es barro puro. Tarde, con una pata enterrada hasta el tobillo, intento movimientos parecidos a los de una cabra. Saltitos cortos. No sirven. Alguien dice, qué pena que Flecha no sea más alto, si no lo montábamos como un pony, por turnos. Nos enjuagamos la cara, las manos. Andamos como lisiados, damos pena, pero tenemos el corazón caliente, nos consolamos.

Busco, animales, guanacos, cuises, una lechuza de ojos manchados. No están, todo es amplio y vacío, hay monte, espinillo y una novedad, dice el que manda, las jarillas acogotadas por parásitas. Las acogotadoras son hermosas, de hojas verdes y minúsculas florecitas color bermellón, casi rubí, pero animales no hay, o quizás sí, escondido algún pichiciego, una serpiente, en algún lado deben estar.

Avanzamos y el sol aparece apenas por detrás del cerro e ilumina un telar circular sostenido desde el borde de un espinillo hasta el brazo ofrecido de un aguaribay, la araña teje; detrás, el agua del arroyo rebota contra las piedras y salpica gotas densas que motean la red, la luz se les posa, refracta y destella.

Insectos hay.

Como lisiados, en una pata, en la otra, agarrándonos desde los codos, la mano que desentierra. Le pedimos al que manda una tregua.

Cuatro escritores, un cuerpo por piedra enorme, dejamos de resoplar y miramos algo más que los tobillos del que camina adelante.

Brisa suave y perfumada, menta peperina.

Respirá, respirá bien.

El paisaje es desolado, añil, rojo, amarillo y anaranjado velados, lechosos.

La ceniza injertada hasta en los pliegues y recién nos damos cuenta de que el suelo se volvió arenoso y pálido.

Entonces, los cuatro que achinan los ojos, tienen los cuerpos entregados a la piedra y la respiración jadeante, oyen. Abril del 32. El año de la tormenta oscura. La explosión del Descabezado, tres días en noches, la ceniza cubrió pasturas y envenenó el agua.

Imaginen ese momento, una nube negra cubre el sol y hace de una tarde de abril cualquiera una noche cerrada que no amanece más. Imaginen la escena en cada rancho, ni puta idea de qué había pasado.

El que manda se calla, descansa con los ojos clavados al suelo y no nos dirige la palabra. De pronto se para, camina y se aleja más que nunca.

Los cuatro cuerpos sin despegarse de sus piedras buscan a Flecha con los ojos. No está.

El que manda aparece a la distancia, se acerca, tiene los ojos sombríos y casi de costado murmura: no podemos seguir porque la huella está inundada. O volvemos o habrá que improvisar, anuncia. Ahora viene la parte difícil, además no hay agua. Rezongamos.

Ni avanzar ni retroceder. Flecha aparece y desaparece. Nos mira con cara de pena. Los animales saben.

El que manda arranca, pero esta vez nadie lo sigue. Se pierde entre los cerros cenicientos.

Clavamos los ojos al cielo, las nubes corren y aparecen los primeros animales. Cóndores incommovibles planeando bajo.

EUGENIA ALMEIDA

NOMBRES

(Bitácora)

Nunca deja de sorprenderme hasta qué punto la mirada condiciona el acontecimiento. Cómo lo que nos habita se pone en juego para develarnos una parte del mundo y dejar otras en la sombra. El neurólogo Gerald Edelman decía que “toda percepción es un acto de creación”. A eso me refiero: al modo en que lo que hay se nos revela, respondiendo a ciertas búsquedas que tenemos en mente.

Desde que llegué a San Rafael estoy pensando en nombres. No sé explicar por qué. Nombres. Todo lo que cabe en ellos. Lo que implican en nuestra cultura. Las funciones, los usos. Lo intraducible de un nombre.

Segundo día del Filba en San Rafael. La tormenta de ayer dejó un soplo helado, la huella del granizo. Salimos para El Sosneado. Pablo, Caro, Juli, Gabriel y yo. Vamos a conocer la escuela del pueblo. Vamos a llevar unos libros y a colaborar con la biblioteca.

La primera parte del camino se parece a las Altas Cumbres, en Córdoba. Pero en cierto punto las curvas se convierten en un llano infinito. Un llano de piedra, de cierta aridez. Un paisaje de montaña sin montaña. Trato de recordar si la geografía ofrece un nombre para esto.

La ruta: líneas blancas y amarillas. El mate. Las conversaciones. Juli me cuenta cómo dejó Buenos Aires para venir a San Rafael. Hago preguntas. La conversación es uno de los rituales más extraordinarios que conozco. Tan sencillo y tan complejo. Tan perfecto. Tan lleno de la intención de comunicarse y tan poblado de las imposibilidades del lenguaje.

Señalo algo afuera. Una máquina enorme, una especie de pájaro metálico que mete el pico en la tierra para extraer algo. ¿Petróleo? Pregunto el nombre de la máquina. Veo en la ruta los carteles verdes con letras blancas. Los kilómetros que faltan para llegar a algún destino. Nombres y recorridos.

Llegamos. Cortina de álamos sobre la ruta.

Al edificio lo habitan dos escuelas diferentes: durante quince días, la secundaria; luego otros quince días, la primaria. Los chicos y los maestros comparten esos quince días viviendo juntos. Una escuela albergue que hoy está casi vacía. Los chicos de la primaria se han ido a Malargüe. Una salida. Hoy sólo están en clase los chicos del jardín.

Nos recibe la directora. Norma. Los nombres importan. Siempre significan algo.

Norma nos cuenta algunos detalles de la vida cotidiana. Cómo se las arreglan para mantener a distancia murciélagos y ratas.

Murciélagos y ratas. Una escuela albergue. Quince días de convivencia. El sol pero el viento frío. Un amarillo deslumbrante ahí afuera, un amarillo que no logro ubicar porque parece estar en todos lados. Pienso que todo esto podría ser parte de un cuento de Samanta Schweblin.

Viene a saludarnos Deo, la cocinera. No me animo a preguntarle de dónde viene ese “Deo”. ¿Deolinda? ¿Deodora? No me animo a preguntárselo porque hay algo en su sonrisa que me ha deslumbrado. Algo en ella me ha recordado mi propia infancia, un comedor con mesas de madera, un grupo de chicos, un almuerzo en bandeja de lata, el ruido de los cubiertos, una mujer que se secaba las manos en el repasador como lo está haciendo Deo, una mujer que fue amable conmigo cuando había desamparo. No recuerdo su nombre. Una cocinera de la escuela. No. Recuerdo. Su nombre.

Empezamos a trabajar con los libros. Parecemos chicos. Pablo se sienta en el suelo como un indio. Caro, Juli y yo nos pasamos lo que vamos encontrando. Gabriel ordena la sección de literatura. Hay un piano tapado con una manta. Hace un rato, uno de nosotros trató de sacarle unas notas. No vi quién.

Caro acomoda libros y, atrás de ella, una ventana donde aparecen las puntas de los álamos. Juli me cuenta que ayer, en la biblioteca popular de San Rafael, por puro azar, se encontró con el primer libro que leyó en su vida. Un libro que era de su madre y, antes, de su abuela. Mientras charlamos, entre las hojas de los libros vamos encontrando boletos de colectivo, tickets, papelitos. ¿Adónde iría la persona que recibió el boleto 64031 serie 449 de la línea 512?

Llega Charo, la delegada municipal. Sus hijos vienen a esta escuela. Tiene una forma de sonreír propia de los lugares de frontera, donde el viento limpia y castiga. No puedo describir eso. Pero cualquiera que conozca ese viento sabe de lo que hablo.

Camino por el patio de tierra. Los chicos están jugando con su maestra. Sobre una de las baldosas, antes de que el cemento se secase, alguien escribió “Duilio” con una letra recta y precisa.

Me acerco al aula. Oigo voces. Me da pudor quedarme ahí. Aunque no llego a escuchar bien, supongo que es una conversación privada. Pero hay algo, en los sonidos, que me llama. Me acerco a la puerta y pido permiso. Las voces siguen como si no me hubieran oído. Doy un paso. Entro. El aula está vacía. Desde un equipo de música un hombre y una mujer cuentan la historia de “El gato con botas”.

Estoy de pie, en la sala, cuando el cuento termina y, luego de unos segundos, empieza a sonar una canción. No es cualquier canción. Es muy importante para mí. ¿Qué hago en un aula vacía, en una escuela rural del interior de Mendoza escuchando los primeros acordes de “Zombie” de los Cranberries?

Caen unas gotas. Los chicos vienen a refugiarse en el aula. Me ven ahí, con mi libreta verde en la mano, saltan, preguntan qué hago. De repente estoy sentada a una mesa, rodeada de diez chicos de cuatro y cinco años, que se ríen, que dicen sus nombres, que aceptan eufóricos mi libreta y mi lapicera, que allí van poniendo letras o líneas o círculos o huellas de esto que estamos compartiendo.

Algo se detiene y es perfecto. Gabriela, Jorge, Priscila, Silvana, Jerónimo, Fer, Valentina, Victoria, Guadalupe y Lupita. Algo que sólo puede decirse con estos nombres.

FILBA NACIONAL BARILOCHE

6

Bariloche es juventud, naturaleza, tiempo de ocio, pero también tierra de seres fantásticos y paisajes estremecedores que nos enfrentan con otra forma de ver el mundo.

Sobre las orillas del Nahuel Huapi y con un menú a base de chocolates y fondue de queso, durante cuatro días, 28 escritores y escritoras conversaron para interpelarse, entre otros temas, sobre la identidad, el territorio y la fuerza de la naturaleza en sus obras.

ROSARIO BLÉFARI

ARGENTINOSAURUS

Lectura (Manual de zoología fantástica)

Un día subí al monte y de pronto, justo cuando terminaba otro refugio entrelazando ramas como mostraba aquél libro, la tierra tembló y se escuchó como si alguien hiciera gárgaras con piedras gigantes. Es posible que pensara en el Tronador en ese momento, siendo una hormiga en un montículo, es casi seguro que pensara en la amenaza superior y desconocida de un volcán que todos suponen dormido. Pero no podía localizar el origen del estruendo, ¿venía de abajo, o de adentro? ¿O era algo lejano que resuena y llega desde los fondos de las nubes?

Es difícil distinguir arriba y abajo en lo profundo. Corrí monte abajo, rodé monte abajo, lastimándome rodillas y codos, sintiendo el ramalazo de las mosquetas en la cara y llenándome de abrojos la ropa y el pelo. Confundí la ladera con las hendiduras del lecho de la vertiente y sentí el fin del mundo pisándome la sombra.

Millones de años atrás el retrato imposible de la vida se adultera. El tiempo brumoso que nunca vamos a recordar. Ese lugar sin humanos, el mundo inaccesible como el de nuestros padres sin hijos.

Llegué al pie del cerro y ya no se escuchaba nada. El día estaba tranquilo, empezaba la tarde despacio como si pudiéramos demorarnos un rato más afuera, sin levantar nada, ni mangueras ni carretillas, ni el hacha que siempre está esperando al lado de la leña. Que no se mojen las astillas, que no las agarre la humedad cuando atardece. El lago con olitas suaves sin reflejos.

Quién nos asegura que no hay algo parecido a un eco que anda rebotando entre los árboles, un temblor en las raíces o una brasa. Si existieron corazones enormes que bombeaban cataratas de sangre desde la punta de la cola hasta la cima de un cuello tan largo que la boca no la vemos y se abre. Y corta. Qué sonidos sin periferia, sin registro fósil todavía. Esas marcas concéntricas vibrando, ¿no están escritas en alguna materia perdurable? ¿A todo nos lleva el viento?

El bosque entero, no hay gigante entre titanes, voy hasta el presente hecho del puro despliegue extraído a partir del hueso roído por el mismo viento. No puedo sentir el miedo pero imagino también mío el terremoto de esos pasos. De punta a punta ¿cuál es cola y cuál cabeza? Terrible lagarto. Las copas te observaron. Copas como brotes jóvenes desapareciendo entre las campanas tubulares de los dientes largos que trozan y destrozan y resuenan. Quién podría asegurar si no fueron tus pasos los que se escucharon el otro día y tus pinos enteros

que supiste devorar los que cayeron en el fondo del lago helado. Yo los vi y me contaron. Y aunque no era este tu vecindario vi el abismo que devora en lo profundo donde están cabeza abajo mostrando las raíces. Los arrancados, los caídos, los volados. Hundiéndose, lento, debajo de esa roca que del otro lado del agua también se fuga hacia un oscuro insondable. No sabemos nada de ese abajo. Sin embargo todo es todo eso que ocurre ahora y ocurrió antes donde se concentra en óleo vivo y se bombea como sangre negra de los que están enterrados hace millones de años. Quién podría asegurar la inexistencia de fósiles de sonido en el aire si no sabemos todavía adonde llega el fondo oscuro de los universos. Vibra en lo vivo, dibuja en el aire, piedra y pluma y lo presumo incontable.

AGUSTINA PAZ FRONTERA

EL VIAJE DE BARCELA

Lectura (Para hacer bien el amor hay que venir al sur")

No tuve sexo en el viaje de egresados. En rigor, tuve sexo conmigo misma y con las cosas. Me masturbaba a toda hora. Ya en el micro debajo de la manta me descubrí masajeándome el montecito. No es que me faltaran propuestas, no me interesaba el sexo con personas, en lo más mínimo, demasiado cuerpo para mi deseo saltarín. Tenía un novio, se llamaba Anselmo, era el más alto de la división, sus padres le habían regalado una caja de Prime para el viaje a Bariloche, tenía 50 unidades, antes de subir al micro me metió la cabeza adentro de su mochila para mostrarme el tesoro, me solté a los golpes. Con Anselmo habíamos cogido con ropa desde los 12, una sola vez me había metido la mano, entonces entendí todo lo que vino después acerca del sexo entre personas: que hay personas. Cuando me tocó esa vez estábamos en la casa de sus viejos mirando películas en videocasetera. Empezamos a transar y me abrió el jean, como yo lo usaba muy ajustado por la moda la mano tenía que hacer mucho trabajo para entrar más cerca de mi concha, de alguna manera la mano de Anselmo estaba atrapada entre el interior que no lo dejaba salir y el exterior que le gritaba que metiera la mano hasta el fondo, la mano de Anselmo era como el perro que mira el botín en la vidriera de una carnicería: el deseo no lo deja irse de ahí, y el miedo al carnicero no lo deja atacar.

—¡Ay, Anselmo! bajame el pantalón, no seas bruto.

Me bajó el jean a tironeos, mi cuerpo se revoleaba como una almohada en plena guerra. Entonces me tocó un poquito, tanteó a ciegas. El mundo todo en su totalidad más aberrante y desgarradora empezó a oler a mi montecito. Lo que se siente entonces es vergüenza. Pero Anselmo acabó y yo llegué a sentir algo. Otra vez, tuvimos sexo con contacto genital mediado por un profiláctico. Yo estaba tan seca que el forro hacía ruido a globo que se frota contra una cabeza para electrizar los cabellos finos. Entonces sentí cómo una parte de mi piel interna se separaba del resto de mi cavidad vaginal y se perdía para siempre: no estoy hablando de la pérdida de la inocencia, estoy diciendo que el pene engomado de mi novio me rompió la pared interna de una de mis poquísimas cavidades. Un desastre, el sexo con personas era un desastre. En cambio, masturbarme. Eso sí que era brillante y misterioso, mío y de las cosas. Me masturbé con un ventilador, con un desodorante, con agua de manguera, de bidé, de ducha, de hidromasaje, de río, de mar, con una zanahoria tallada: ¿qué invasión ha colonizado mi mente para que yo, que rehuía del contacto físico con penes, tallara en mi zanahoria la forma de una pija erecta? Estaba caliente todo el tiempo, pero no caliente como decimos ahora, no, era una persona caliente, me seducía a mí misma, miraba mi forma desbordada

en cada vidrio, besaba mi boca en los espejos salpicados de cualquier cosa, y me amaba en la clandestinidad de mis deseos adolescentes. Deseos que todos ustedes mataron. Pobre Anselmo, mucho después entiendo, no todo fue culpa de su torpeza. ¡Pobre Anselmo!

Aprovecharé esta ocasión para escribirle acá no solo mis disculpas sino para solicitarle las tuyas y para contarle bien, todo lo bien que me permite la mirada histórica, como fueron mis sensaciones.

Buenos aires, 30 de marzo de 2017

Anselmo, chubi, fotosensible:

Soy Barcela, espero que te acuerdes de mí. Obvio que te acordás, fuimos respectivamente los primeros novios y primeros encuentros sexuales dentro de la norma. Digo dentro de la norma porque ahora me acuerdo que me contaste que en jardín o en la primaria te tocaste con un amiguito tuyo, si eso cuenta como sexo es sexo fuera de la norma, nosotros en cambio, novios hétero, ya de cierta edad, teníamos derechos y hasta obligación de “hacer sexo”, como le decíamos, ¿te acordás?. Bueno, fue todo un desastre. Me da vergüenza, estoy intentando recordar el viaje de egresados, se supone que todos garchan mucho ahí, y nosotros nos juntábamos a leer con el pito parado: vos leías con la pija dura, siempre lo supe, yo, en cambio, te quería decir, estaba re caliente pero no estaba caliente por vos, para vos o por los libros para adultos que nos prestaba tu mamá, estaba caliente porque me encontraba a mí misma muy bien. Vos eras lindo, sí, parecías Iván de Pineda por momentos, pero ni tus besos, ni tu aliento, ni los intentos de tus manos, ni la promesa de sentir un cuerpo caliente sobre bajo dentro mío, me calentaba. Hice todo mal, Anselmo, hicimos todo mal, no teníamos que coger en 1999. Por ahí si lo intentabas antes, a los 13, yo estaba más desprevenida, más descontrolada, pero a los 17 yo ya había entendido todo, perdón, y “todo” era que conmigo bastaba. No sé para qué cogimos, me rompiste toda la concha, sos un tarado, no servís para nada.

No voy a mandar esta carta, ahora es un perfecto desconocido, tiene hijas, dos nenas rubias que parecen niñas desaparecidas en Europa. No fue su culpa, yo estaba en otra, era buena para el autoerotismo y para nada más, no fue su mala educación sexual, no fue la presión de sus padres, yo sólo era buena para encontrar cómo escabullirme y tocarme. Las cosas me resultaban más sensuales y funcionales que las personas. No es que en el viaje me hayan faltado propuestas sexuales, algunas muy claras, como la del Falavella, que en medio de una excursión a un cerro se acercó hasta donde estaba yo, siempre mirando en dirección a

nada, y me hizo el chiste de taparme los ojos y preguntar “¿quién soy?”, “alguien que no me importa”, dije yo, y no mentía. Se río, se puso colorado, hizo un trastabille programado para lucir tierno y me agarró la mano, no discutí, me abrió dedo por dedo de la mano hasta que quedara al hueco de la palma dispuesto como línea de Nazca que señala dónde deben aterrizar los marcianos: “esto, esto es para vos, dejá a ese bala de Anselmo, te merecés un tipo como yo”, dijo y puso una cadenita con un dije con forma de corazón que parecía hecho con el material de los imanes. Yo ya era un estorbo para el romanticismo. Ya era la vaca amarga en la que te convierte el nihilismo. Pero acepté su corazón. Fuimos con Falavella atrás de una casilla rodante y chapamos fuerte con lengua. La lengua de Falavella me agitó y me ahogó, era larga y ancha como pocas cosas conocí tiempo después, era una extensión monstruosa de su interior, un tren ruso que salía a toda velocidad de su cuerpo, traía su saliva, su potencia, la lengua más ancha que sentí, “Falavella”, le grité, “¿qué hacés?”, Falavella no me soltó, su corazón de imán era eso: la mano ahorcándome, su lengua metiéndose en mi tráquea, en mi nariz, en mi oreja, su olor a barniz, la hebilla de su cinturón lastimándome la panza. Estaba enamorado de mí.

Como dije, durante el viaje de egresados no tuve sexo más que conmigo y con las cosas. Cuando fuimos a comprar chocolates para llevar a las familias, al día siguiente de lo que llamaremos y se llama la violación de Falavella, estaba caliente y pedí pasar al baño de la chocolatería, tenía en la mano un pedacito de chocolate amargo, duro, de un tamaño perfecto. El chocolate copiaba la temperatura de mi cuerpo, no era un objeto muerto, frío, era una de las cosas más orgánicas que había probado. No duré mucho en el baño, aunque estaba en silencio, mantenía algo de pudor por la mirada ajena. Acabé, pero todo el asunto no se trataba de acabar, sino de ser. Estar obligada a acabar vino después, esa misma noche, cuando Anselmo me pidió que le eyacule la cara. Salí de la tienda de chocolates y me esperaban todos en el colectivo, traía en la mano el pedacito de chocolate un poco transpirado pero entero, subí parca con un tiempo casi sólido cada uno de los inmensos escalones del micro, sin pensarlo a medida que lo hacía le extendía al chofer mi mano con mi regalo:

—Por el tiempo que te hice perder, Rubén, comete este chocolate amargo.

Para ir a Fascineishon había que ser mayores de 18 años, yo tenía 17 pero el coordinador me dijo que si me ponía ropa de Evelyn me dejaban pasar. Fui a lo de Evelyn, en el 2do piso del

hotel, era una flaca ridícula que siempre vestía como señora en fiesta de pueblo porque su mamá tenía una tienda de ropa para mujeres. Evelyn no era amiga mía, ya no tenía amigas, pero me debía favores de la cantidad de veces que le había pasado respuestas en exámenes. Golpeé la puerta y abrió Evelyn en tetas. La soltura de Evelyn para estar casi desnuda adelante mío fue algo, no fue nada. Fue algo. Mi reacción fue algo: me hice la canchera, como si hubiera visto tetas que no fueran las de mi mamá mil veces en mi vida. Evelyn se sentó en la cama cucheta, yo me senté en el piso debajo de una ventana que daba al pulmón, así podía fumar. Le ofrecí uno. Ella dijo que no con la cabeza. Las tetas de Evelyn parecían blandas, no eran tetas publicitarias, eran tetas caídas, blancas, con forma cónica y pezones enormes. Prendí mi pucho y del hueco del hotel venían las risotadas de millones de egresados de todo el país, pité, tosí y Evelyn se acostó en la cama, empezó a masajearse las tetas y dijo algo que nunca olvidaré, jamás:

—Si te sobás las tetas, te crecen más.

Nunca había escuchado la palabra sobar. Ni había visto tetas ajenas a mi familia ni tetas masajeadas en vivo ni había jamás reconocido que podía calentarme por una chica. Evelyn me dió un top bordó de tela aterciopelada, una mini blanca con botones adelante y unas plataformas plateadas. Esa noche entramos las dos a Fascineishon como viejas amigas, co-deandonos, mirándonos, lo que luego entendí como “compinchar”, verbo básico de la vida nocturna atrevida y alegre. Nunca más hablamos. Nunca me masturbé pensando en ella, en rigor, nunca me masturbé pensando en nadie.

Volvimos al hotel temprano desde la óptica de una adolescente. Anselmo me vino a buscar a mi habitación, era como yo, no le gustaba desaprovechar la vida. Yo ya estaba desvestida, casi por entrar en la cama, mi compañera de cuarto, Carolina, se había puesto un producto facial para las arrugas y estaba ya postrada. Salimos con un sigilo mentiroso del hotel, nos dejaron escapar, estábamos solos en una ciudad en la que no estaban nuestros padres, era de noche, teníamos dinero, era sencillamente una película de europeos rebeldes. Carna y Patri vinieron con nosotros. A Carna le decíamos así por un tipo de le tele que representaba a una persona intragable, pero era nuestro amigo. Patri era monja, muy monja, y tenía un gusto musical ajeno a ella misma, se había quedado tarada con Nirvana y aunque era una menonita usaba remeras negras y cantaba esas canciones. Ahora es dentista. Entramos al primer bar que encontramos.

- Pedila vos, Barcelá, dale, que parecés re grande.
—No, no jodas, ¿no vés que parezco de 12?
—Yo voy, no puedo más de ganas de tomar una cerveza.
—Yo no tomo.

Los cuatro nos colgamos de la barra. Nos dieron un vaso con un litro de cerveza. Nos fuimos a sentar a una mesa que parecía de camping, como de hobbits. Le dijimos a Patri que era un hobbit. Terminamos la cerveza y fui a pedir otra. Cuando me paré me acordé de las tetas de Evelyn, pero fue un microsegundo. Caminé con las piernas blandas, me sentí única, fuerte, me di cuenta de que varios tipos me clavaban los ojos, no hice nada, solo dejé que mi cara se cayera sobre la palma de mi mano y dije:

—¿Me das una birra?

A lado mío había un tipo que habíamos visto varias veces andando en camioneta de montaña y era igual a Axl Rose. Por un momento pensé que estaba sentado, pero no, ese era su tamaño real, debajo de la camioneta el faso Axl Rose medía un metro cincuenta. Le dije de inmediato a Patri que mire el falso Axl Rose y ella gritó tanto que el falso Axl vino a nuestra mesa y se nos hizo el amigo. De la nada, Anselmo le pidió cocaína: “disculpá, no quiero ser imprudente, ¿tendrás cocaína o sabés de alguien que tenga?”, le dijo. Si yo amaba a Anselmo era por eso, porque era un genio de las oportunidades. Axl se puso nervioso y después de dar algunos rodeos me pasó una bolsita por abajo de la mesa. Me la dio a mí porque era la que tenía más cara de rockera, pensaba yo, en verdad era la única con los brazos debajo de la mesa, siempre con las manos ocupadas en mi montecito. Fui al baño y desperdiicé la mitad soplando sobre el montículo blanco. Volví, cedí la bolsa a Anselmo. La vista se me aclaró, conté partes del libro que estaba leyendo, sobre un coleccionista de arte con pasado de monje, todos parecían muy interesados, ahí mismo me sentí inteligente por primera vez en mi vida. Cuando tomé merca.

Anselmo volvió del baño y tomó birra como un sediento sin fondo, fumó un cigarrillo y me metió la mano en la bombacha, yo había salido con la pollera blanca de Evelyn. Era la mano de otra persona. No era una cosa, era una parte del cuerpo de una persona. Volvimos al hotel en la camioneta de Axl.

Nos frotamos en el ascensor delante de Carna. La merca lo había puesto más carna que nunca, no quería dejar de mirar. Lo bajamos. Otra vez estábamos por imitar escenas de películas que ni siquiera habíamos visto. Anselmo detuvo el ascensor y apagó la luz. No hubo manera de poder hacer coincidir sus genitales con los míos. No encastraban. Fuimos a su habitación, piso cuarto. Alguien dormía. Nos besamos como dibujitos animados, con la boca seca, nos frotamos, nos quisimos, nos amamos, éramos los espíritus de nuestra época y él, Anselmo, el amor de mi vida, me dijo, como si supiera de lo que hablaba: acabame la cara.

FILBA NACIONAL LA CUMBRE

7

La Cumbre, en el valle de Punilla, Córdoba, resume todo lo que uno quiere decir con el sintagma “pueblito encantador”. Colgado de la sierra, ofrece paisajes hermosos se mire a donde se mire, y asegura caminatas inolvidables. Fue y sigue siendo **refugio de artistas que han encontrado en su tranquilidad y belleza el espacio ideal para producir arte lejos del ruido de la ciudad**. Con El paraíso, la casa museo de Mujica Láinez, como corazón literario, durante cuatro días, poetas y narradores la caminaron y también la escribieron.

ELOÍSA OLIVA

UNA EXCURSIÓN EN SEIS ESCENAS

(Bitácora)

Primera. En los últimos días en La Cumbre se asentó la niebla. Me comentan que es común en otoño ver las sierras borroneadas, el paisaje que vive detrás de esa veladura, como si un director de foto conociera la mejor manera de presentarlo sin develar del todo sus secretos. Desde la ventana del hotel edificio señorial de 1909 manejado actualmente por un sindicato, la escena me recuerda, no sé, a Conrad: plátanos, cipreses y una larga avenida, cuerpos que se mueven en una velocidad aminorada por la bruma. La bruma, pienso ahora, vendría a ser la cámara lenta del paisaje. Robin Myers, poeta norteamericana contemporánea, tiene un poema en el que habla sobre la tontera de la comparación: una cosa es lo que es, lo que tenemos enfrente, sin necesidad de remitirnos a lo que podría evocar. Así que no importa a qué me recuerde, esta es la primera escena: la niebla en La Cumbre, pequeño poblado serrano del Valle de Punilla, de más o menos 7500 habitantes.

Segunda. Al final del recorrido (sí, estoy poniendo la última escena en este lugar) le conté a Martín Kovensky, mi compañero de excursión, que siempre desconfío de lo que escribo, lo que acarrea innumerables padecimientos, ya que escribo muchas veces. Habíamos hablado previamente, en nuestro breve intercambio epistolar, del infierno de la escritura. Ahora, en la charla, caí en la cuenta de cuál es el problema, y es que desconfío de la manera de encadenar las palabras. A mí me interesa la precisión, y las palabras rara vez son precisas. Las palabras serían la bruma que nos separa de las cosas, del pensamiento, pero, en este caso, las nubes rara vez se disipan. Así que no esperen nada de este relato, hecho de esas cosas imprecisas y que difícilmente se apegue a un orden, hecho o rigor.

Tercera. Los objetos. Martín maneja un Volvo de un año que no recuerdo, pero sí que empieza con mil novecientos. Un auto con vida propia, eso parece. Mi compañero trae bastones de trekking, y se disculpa por el gesto que podría verse aparatoso, pero que finalmente resulta clave para nuestra caminata de hora y media remontando el arroyo Cruz Grande.

Cuarta. En el camino, el paisaje oscila entre la niebla y el sol. Mi compañero es más bien un guía, uno de lujo, que conoce el lugar de una manera íntima y particular. Está ligado a su llegada a La Cumbre, a su obra, a esos proyectos que todos hacemos creyendo en voluntades férreas de las que, por suerte, carecemos. Mientras avanzamos, ensayamos teorías e intercambiamos datos sobre la flora (la fauna no parece abundar), tratando de discernir los gestos que se esconden detrás de ciertos asuntos. Así es como la flora exótica termina siendo

denominada como “las suecas”. De aquí en más, álamos, ampelopsis, agaves y otras pasarán a ser llamadas con ese gentilicio: son las suecas de este paisaje, y ambos coincidimos en adherir al mestizaje, a la belleza sorpresiva que nace del cruce.

Quinta. Mi guía está especialmente preocupado por señalarme los rastros de la intervención humana en este ecosistema: las paredes de piedra que contienen las orillas, el encauzamiento del agua para proveer a una casa. Esas intervenciones llegan al paroxismo con una cancha de tenis abandonada en medio del monte. Terreno apisonado, guías de metal, una red deteriorada hecha un rollo al costado. Puedo imaginar muy claramente a los fantasmas de otra época, de blanco radiante, practicando el deporte de la aristocracia.

Sexta. Pero lo más importante de esta excursión, para una confesa adicta a la charla, fue justamente eso: la conversación, protegida y abonada por la falta de señal, y zanjada por dificultades mínimas de avance en el terreno. Las tres horas que transcurrieron entre el ascenso y el descenso del arroyo estuvieron hechas de elucubraciones artísticas y filosóficas, de historias personales y lecturas, pero, sobre todo, y como buenos argentinos, de revisiones políticas. Así como en la procedencia y la mixtura de la vegetación, en cada cosa. Hasta llegar finalmente a Kropotkin y su teoría de la evolución que desafía a la de Darwin, tema que por supuesto ambos interlocutores tocamos de oído. Con esa escena, la del apoyo mutuo, la de la acción colaborativa, llegamos de nuevo al Volvo y plegamos los bastones. Y así, el inasible, difícil de fijar, brillo de la conversación, queda deshecho en el aire, como otra veladura sumada al paisaje.

MARIANO QUIRÓS

LA RESERVA MONOS CARAYÁ

(Bitácora)

Qué detalle interesante el del Filba, pensé, que con tanto gorila suelto por el mundo me invita a una reserva de monos carayás. Me encantan los monos carayás, sobre todo por su aullido, ese oleaje poderoso y grupal que se abre paso desde las entrañas del monte y nos deja, de pronto, a la intemperie.

Dicen que el del carayá es el aullido más ruidoso del mundo. Lo mismo dijeron en su momento del aullido de Allen Ginsberg (y había algo de simiesco en el aspecto de Allen Ginsberg. Todos tenemos, a decir verdad, mucho de simiesco en el aspecto; pero no todos tenemos aullido). Soy un hombre de poca fe, pero yo quiero ver como vio Ginsberg, quiero ver a las mejores mentes de mi generación, quiero ver a los transas, los ñeris, los guachos y las guachas arriba y arriba, quiero ver a los muertos, los indios, las putas y los putos del subtrópico litoraleño... quiero ver si soy capaz de verlos.

De los monos que vimos en la reserva, mi grupo favorito fue el grupo que no se dejó ver, el grupo del mono Clemente y la mona Jamaiquina. El grupo más tímido, nos explicó la guía Gabriela. Se me ocurre que también era el grupo más sabio. Era un mediodía frío y grisáceo, de hecho una nube nos había envuelto y yo pensé que estaba muy bien que aquellos monos se resistieran a nuestro llamado. Sobre todo porque minutos antes habíamos visto a otro grupo, pegados un mono a otro para resguardarse del frío, a la manera en que se pegan los jabones viejos, con la ilusión de hacer uno solo y más poderoso.

Pero sobre todo, se me ocurre, la reticencia de aquel grupo -el de Clemente y Jamaiquina- a dejarse ver, era porque son monos en rehabilitación, y a quién le gusta que lo expongan en trance semejante. A la Mona Giménez, dijo entonces el guía Juan Pablo. Aunque al toque se retractó: la Mona Giménez no tiene margen de rehabilitación, y por eso es que nos gusta tanto.

Tampoco parece que hubiera rehabilitación posible para Jesús, uno de los monos capuchinos -ya no carayá- que viven en la reserva. Los capuchinos no aúllan, pero el acto de Jesús puede entenderse como el alarido desesperado y primordial de una especie al borde del colapso: Jesús robó el celular de un turista que no dejaba de sacarle fotos. En otro ambiente, semejante proeza le hubiese valido a Jesús un buen tiro en la espalda. Pero aquí en la reserva -y tras una ardua negociación- le cambiaron el celular por cuatro bananas. No es un mal negocio, las bananas por lo menos tienen potasio.

También contó el guía Juan Pablo -dicho así pareciera que hablo de algún Papa, pero no-, contó el guía el drama de los monos que, como Jesús, llegan a la reserva “demasiado humanizados”. Lo entendí perfectamente porque a mí me ocurre con frecuencia: puedo llegar

a un evento y comportarme con un cierto decoro, hasta puedo compartir una lectura. Pero hay monos, contaba Juan Pablo, que al pasar años, lustros, décadas viviendo en el seno de familias humanas adquieren hábitos absurdos como fanatizarse con el yogur serenísimo extra firme sabor frutilla, entusiasmarse con la chacarera o con la música electrónica, o incluso pretender el lugar del hombre de la casa. Dice Juan Pablo que, con un mono en el medio, la vida familiar puede hacerse insoportable. Por un momento -muy fugaz por cierto- la ternura aparente de un carayá me llevó a pensar que Juan Pablo exageraba, que no puede ser para tanto, que con ajustar un par de asuntos aquí y allá la convivencia es posible. Pero luego recordé al intolerante Charlton Heston, los problemas que había tenido en aquella saga inolvidable. Pero muy por encima pensé en mí, en mi carácter blandengue, y me dije que a la primera de cambio cualquier mono apenas prepotente se quedaría con mi familia entera, incluidas mis dos abuelas. Y si fuera una mona... ya no quise imaginar tanto.

Lo cierto es que llegamos tarde -o demasiado temprano- para escuchar el aullido de los carayás. Se sabe, estos monos practican el respetuoso saludo al sol, con lo que es necesario estar allí al amanecer o bien a la hora del crepúsculo. Llegamos, como insinué hace un rato, pasado el mediodía y no nos quedó más remedio que conformarnos con la descripción del aullido. Incluso con algún intento de imitarlo. Por supuesto, no vale la pena que yo aumente el ridículo de esta exposición mía con un intento semejante. Apenas contarles, si sirve para algo, que para mí el aullido del carayá llevará para siempre, entre otras cosas, la alegría desquiciada de mi abuela. Años atrás, en Paso de la Patria, Corrientes, los carayás todavía eran los dueños del monte. Al caer la tarde con mi abuela nos arrimábamos a los árboles donde se iniciaba el reino carayá y a la primera oleada de aullidos salíamos disparados de vuelta a la civilización, que era la casa que mi abuela y mi abuelo tenían ahí en Paso -cuando el turismo ramplón no había cambiado el aullido por el bullicio tilingo de la opaca aristocracia del nordeste-. Después en la casa mi abuela imitaba para mi abuelo aquel grito primordial y reía, mi abuela, como una loca reía. Con tan poca cosa. O mejor dicho, con toda la furia del monte carayá. Ahora mi abuela está envuelta en esa nube extraña que acompaña la vejez y que solo permite acceder a recuerdos muy determinados. A mí me gusta preguntarle a mi abuela: ¿te acordás de los monos en Paso de la Patria? Y me gusta, entonces, ver su rostro de repente iluminado.

El guía Juan Pablo dijo que el aullido del carayá, si hay buen viento y buena suerte, puede desplazarse hasta 16 kilómetros. Que quién sabe, dijo, las veces que sentimos ese aullido y pensamos que fue otra cosa, un coche con los parlantes mal calibrados, una fiesta de 15, la calma aparente del río (o bien su furia camuflada).

El asunto es que, por cada kilómetro que se desplaza, el aullido del carayá adquiere una forma y un significado distintos: en el primer kilómetro predomina, desde luego, la fuerza; en el segundo se valora su intensidad; en el tercero podemos valorar lo que de música hay en un aullido... no retuve cada kilómetro, sepan disculpar -o agradecer-, soy un hombre de esta época y me disperso con facilidad.

Pero sí retuve lo que de bueno tiene el kilómetro 16 -el último, se supone- en el desplazamiento de un aullido carayá. Allí, en ese kilómetro, confluye todo lo anterior: la fuerza, la intensidad, la música, más todo aquello que lastimosamente no retuve. Es por eso el momento más perturbador de un aullido. Y es cuando llega, con toda su melancólica furia, el silencio. Hagan la prueba y paren la oreja. Eso que quizá no sientan, es un aullido.

**FILBA
NACIONAL
SANTIAGO
DEL
ESTERO**

8

**Entre bombos, patios al sol y chicha,
nos recibió Santiago del Estero.**

El monte achaparrado, engañosamente homogéneo, que da cobijo a tonadas y vidalas que hacen temblar la tierra. Ahí fuimos para experimentar cómo la literatura también se hace de sol, de monte y de siestas.

CARLOS RÍOS

MI FE ES TAN GRANDE COMO ESTE PENAL

(Bitácora)

Cárcel de Mujeres de Santiago del Estero. A metros del Salón de Usos Múltiples donde nos esperan las chicas hay una sentencia escrita en la pared que dice, en letras góticas que parecen extraídas de un tatuaje y dentro de un pergamino, DIOS PERDONA PERO NO OLVIDA. De otras paredes cuelgan cuadritos con imágenes religiosas. Es lo primero que vemos al cruzar el gran portón de rejas. En una esquina, una señora nos da la espalda y susurra monosílabos frente al teléfono público. Antes de que lleguen “las chicas” –como suelo llamar a mis alumnas en las cárceles donde trabajo–, las autoridades de la unidad penitenciaria nos reciben con café y los protocolos correspondientes. Exhiben orgullo por la institución. Nos cuentan que es una unidad de población reducida, con poco menos de setenta mujeres, aunque el número va incrementándose año tras año.

Me llama la atención que el lugar esté tan limpio y ordenado. Trabajo en otras unidades penitenciarias de la provincia de Buenos Aires que a primera comparación se revelan más degradadas. Que todo esté reluciente habla de organización y sumisiones. Hemos conversado, en distintas veces y con personas que residen en Santiago y se acercaron a las mesas del Filba, sobre las marcas sociales en las que se asienta dicha sumisión. Acá también aparece, con impulsos más o menos soterrados.

Hace algo de calor en la mañana del jueves. Las chicas están sentadas alrededor de tres mesas de plástico. A medida que ganamos confianza dejamos de escuchar los ventiladores de techo. Les doy la bienvenida al taller literario y les cuento cómo vamos a trabajar. El contacto y la proximidad surgen rápido. Les comento de dónde vengo, en qué cárceles trabajo, explico brevemente la importancia del taller en contextos de privación de la libertad. Les comparto una perspectiva que les puede resultar útil: a mis alumnos y alumnas con frecuencia les recuerdo que la reja no tiene que estar adelante sino atrás, porque al momento de recibir la condena caminan hacia su libertad, no dejan de caminar hacia su libertad.

Milka, Doris, Sandra, Nilda, Teresa, Silvina, Ramona, Micaela, Sara, Adela, Gisel, Soledad y Lucrecia son las chicas que se inscribieron al taller de escritura que coordinamos con el escritor Jorge Rosenberg. Al principio las palabras parecen pocas, salen algo mordidas, pero con el correr de los minutos fluyen y la espontaneidad las pone de nuestro lado. La cosa les va gustando. Como las chicas son mayoría les digo que al hablar me voy a incluir en el plural “nosotras”. Creo que les caí bien, a mitad de taller queda más que confirmado.

Arranco con una breve carta que les escribió un alumno mío, alojado en la unidad penitenciaria 45 de Melchor Romero. Cristian, de 23 años, les aconseja: “proyecten un futuro mientras puedan porque en la calle no hay tiempo”. Les pregunto si piensan lo mismo y dicen que

sí, que así también lo sienten ellas. Que adentro hay tiempo de sobra para las reflexiones. “La calle te roba tiempo, te absorbe en el movimiento del día a día y no podés detenerte a pensar”, dice una de las chicas.

Si les dan ganas, les digo, pueden escribirle a Cristian. Les parece bien. En la misma carta le responden: “tus palabras me hicieron llorar”, “cuántas verdades hay en tu carta”, “estamos en una pausa y afuera la vida continúa”, “besos inmensos”. Gise decide escribirle aparte, una carta más confesional.

Hablo de poemas, leo un par, después leo un poema que escribí para las internas de la cárcel número 8 de Los Hornos. “En la forma que tenés de arreglarte el pelo detrás de la oreja/ hay esperanza”, les leo. “En el cigarrillo que regalás sin pedir nada a cambio/ hay esperanza”. Con voz pausada les recito. Con el poema llegan las lágrimas. Me dicen que no me preocupe, que están bien, les está gustando el taller.

A continuación suelto la primera consigna de escritura. Para eso llevé una bolsa con tiritas extraídas de poemas de todas las escritoras presentes en el Filba. Las desparramo en las mesas, las chicas leen, se ríen cuando encuentran algún verso insólito o con palabras que no deberían entrar en un poema (hablamos de eso, nos preguntamos qué palabras están habilitadas para entrar y salir de los poemas, qué podríamos hacer para abrir esa tranquera y dejar que entren todas las palabras), de a poco van eligiendo y se ponen a armar una base que les permita inscribir lo propio. Hay buen clima en el taller, las tiritas van y vienen, en las mesas hay producción y alegría.

Después llega el momento de las lecturas. Todo lo puesto en esas hojas suena a confesión. Los relatos más testimoniales atraen el llanto y todas lagrimeamos un poco. Entre lectura y lectura hay silencios difíciles de atravesar. Hago un repaso por los textos que escribieron las chicas, en su mayoría poemas alimentados por decenas de versos de las poetisas invitadas al Filba de Santiago: escuchamos que el invierno inaugura una temporada de abandonos; que es necesario escribir y borrar muchas veces para que la historia no se repita; que la promesa de un amor eterno resiste en un oso de peluche; que los fuegos permanecen encendidos allá afuera y son la fuerza necesaria para resistir el encierro; que llegará el día de volver a la casa donde espera un canario listo para cantar; que hay que ir por el camino de los ojos; que al apagar el televisor regresa el olor a tierra de las calles del barrio; que tan sólo en un segundo es posible poner la vida al revés; que la fe crece y se hace grande, más grande que el mismísimo penal.

Las intervenciones de Jorge son muy oportunas para distender. Se sorprenden gratamente

al enterarse de que escribe sus columnas en el diario todos los domingos, desde hace años, y a su vez Jorge se ilumina ante la identificación sorpresiva de las lectoras. ¡Siempre lo leemos! En el lugar menos esperado le surgió un club de fans.

El taller va terminándose, les cuento quiénes son las poetas que participan en el Filba y de dónde han venido. Las chicas preguntan si es posible hacer un segundo encuentro. Nos abrazamos con la promesa de regresar el sábado. Yo no recordaba que tenía otra actividad programada para ese día. Al final se resolvió volver al penal el viernes a las cinco de la tarde. Así lo hicimos. Una doble felicidad.

El segundo taller fue tan intenso como el primero.

Si el primero había tenido momentos de llanto que fue necesario remontar, en el segundo las chicas se la pasaron riéndose y sólo hubo algún que otro momento de tristeza contenida. También estuvieron más sueltas y divertidas en la escritura (seleccionaron un objeto de la vida cotidiana y pensaron en cómo harían para explicárselo a un marciano, luego sumaron dos tiritas de poemas que no tuvieran que ver con el objeto elegido y escribieron tratando de descubrir o inventar alguna conexión posible).

Escribieron con ganas. Hicimos dos, tres rondas de lecturas. No todas conocen las maneras de escribir de sus compañeras, de poner las palabras en el papel. Nunca habían tenido la oportunidad de leerse. Quedan sorprendidas al escucharse, como si dijeran “mirá vos lo que sos capaz de animarte a escribir”. Hay respeto y mucha satisfacción en ese reconocimiento. Sandra lee un poema sobre su perro Chango que murió cuando ella ya estaba detenida. Cuando salga de la cárcel lo va a ir a buscar, dice, aunque sepa que no está, que no va a estar en ninguna parte. Esa pérdida le causa un profundo dolor. Se tapa la cara, llora. Voy y le doy un abrazo. Es necesario contener. Hablamos de la fuerza de la literatura para traernos a Chango de nuevo, podemos ver gracias al poema cómo mueve la cola y nos olfatea, lo vemos echarse en el piso mientras seguimos con las lecturas.

Jorge lee un texto de su libro. Tiene humor, es súper coloquial y ganchero. Como solemos decir, la rompe. Ese libro quedará para las chicas. Están felices, no lo terminan de creer: ¡el escritor del diario las vino a visitar y les deja su libro!

Estoy por leer un poema cuando una agente nos indica –de manera un poco abrupta y apurada, como sucede suceder con las actividades “fuera de agenda” en la mayoría de las cárceles– que terminó el horario de visita. Nos levantamos, juntamos los materiales de trabajo. Las chicas quieren que me lleve los poemas. Regalo las tiritas. Salimos del salón de usos múltiples. Ese movimiento rápido ayuda a que la despedida no se note tanto.

Nos volvemos a abrazar, nos decimos “hasta luego”, aparecen de nuevo las lágrimas –qué manera de llorar en el taller de Santiago– nos volvemos a saludar y a despedir. No paran los abrazos. Fueron dos talleres intensos, increíbles. La directora de la Cárcel de Mujeres recibe los libros que Jorge, Pablo y el equipo del Filba donaron para la biblioteca. Nos seguimos saludando a la distancia con las manos. Siento que todavía estoy saludándolas.

A las chicas les prometí que al leer esta bitácora iban a estar presentes en el Filba de Santiago del Estero, que ellas también eran una partecita del festival. Les dije que las abrazaría de nuevo para traerlas hasta este lugar.

Y eso hice.

DAIANA HENDERSON

LA HORA DE LA SIESTA

(Bitácora)

La vegetación en el viaje es parecida a la del Litoral pero espaciada, como esparcida, lo que deja más lugar al horizonte. Primero me llaman la atención unos postes de hierro oxidado que se repiten al costado de la ruta, muchas veces coronados por unas hilachas secas, como un nido de loro chiquito y viejo. Después aparecen sus soportes aislantes –sombrecitos de cerámica–, cables cortados que caen como cabellos gruesos, algunos trepados por enredaderas silvestres, y descubro que esos postes acompañan una extensa vía de tren. ¿Seguirá andando el tren? Pareciera que sí, por el espacio que hacen los yuyos.

Alguna vez ya estuvo todo conectado.

Un pueblo llamado Lugones. Vota Casti. Manaos. Secco. Baños, ducha. Peligro: paso del ferrocarril (el cartel es nuevo). Un camino cruza una vía. Un camino cruza una vía. Un camino cruza una vía. Me duermo.

Al llegar a Santiago del Estero me dicen que me tocó un día de suerte, esta mañana llovió, aunque no queda un vestigio bajo el cielo despejado, y ahora el clima está más que agradable. Me encanta lo que llamo “la horrible belleza de las terminales” pero la de Santiago es linda, tiene escaleras mecánicas y un carro antiguo en la entrada. Veo un tren nuevísimo moverse en altura y me emociona. Leandro, el chico que me recibe, me cuenta que llega hasta La Banda. “Si Santiago es Springfield, La Banda vendría a ser Shelbyville y ese es el monorriel”, me dice en código Simpson.

Esto que se supone una bendición –el clima– resulta casi un inconveniente para la tarea que se me encomendó: recorrer el centro a la hora de la siesta. No solo no está el calor sofocante del que toda mi vida escuché hablar a cada persona que visitó Santiago, sino que las calles no están precisamente vacías. Hay sobre todo adolescentes con sus uniformes de educación física haciendo coreografías de reguetón y trap, o besándose tomados por la cintura. Más tarde me dirán que el parque Aguirre, tras el que se esconde un río dulce (redundancia aparte), es el lugar preferido de los adolescentes que se escapan de la escuela, siempre de a dos o de a más.

Cuando voy a una ciudad por primera vez me encanta ir a la plaza central, ahí se puede ver lo que se ha hecho en al menos los últimos 100 años con la pretensión europea del trazado urbano, las eventuales formas de apropiación (lo ya dicho: 40 adolescentes ensayando una coreografía bajo una glorieta del siglo pasado), personas haciendo tiempo con una valija, sentadas cruzadas de brazos, mandando mensajes o mirando el sacudirse sereno de los ár-

boles por esta ventisca deliciosa, el ritmo que los habitantes de una ciudad componen, el pulso específico que resulta de la suma de los pasos de todas las personas que caminan en el mismo lugar en simultáneo, las reglas implícitas del tránsito, los pocos autos, la prioridad que en el 99% de las ciudades del país nunca la tiene el peatón, la música que sale de los quioscos: chacarera y reguetón, las vidrieras, los carteles, las franquicias que aterrizaron acá (Grido, Bonafide, Balbi). Palo borracho, ceibo, rosa sinesia, flor de san esteban, palmeras, cítricos, un olivo muy jovencito y varios árboles que con tristeza no reconozco. Los pájaros son poquitos, pocas palomas, unos gorriones y uno que es como un hornero pero más chiquito y con la panza clara camina como un pancho (yo soy la que anda persiguiendo a ese pájaro con el celular para preguntarle a un amigo cómo se llama, ¿me ven? hola), la arquitectura moderna y la conservación de edificios antiguos, la ausencia o presencia del estado reflejada en la salud de los mosaicos, algunos pocos locales vacíos exhiben sus letreros de ALQUILER junto a la huella del último manotazo de ahogado: afiches escritos a mano con fibrones, oferta, liquidación total, liquidado por cierre, todo al costo.

La contundencia de la siesta no debe ser vista como una costumbre tradicionalista ni pintoresca, es pragmática. La gente duerme siesta por una cuestión muy sencilla y hasta de supervivencia. En las horas en que más se concentra el tan mentado e insufrible calor no hay otra que guardarse, sumado a la modorra pos-almuerzo. Si la actividad de la ciudad se ordena con ese paréntesis en el medio y todo funciona igual, insistir con producir dinero para otros a costa de sufrimiento corporal y anímico, ¿no sería, siendo sinceros, falta de sentido común? Habla de las prioridades que las comunidades eligen para sí y para los suyos respecto a cómo usar las horas de nuestra vida limitada, en qué, para qué, para quién. A lo mejor se convierte en un comportamiento automático (o en una imposición, en el caso de los niños, para que no interrumpen la siesta de sus padres) pero hay en su origen un movimiento voluntario, una elección, una acción para el cuidado y el bienestar, y eso me parece muy sano. La siesta no es extraña para mí, soy entrerriana y mi niñez está surcada por horas y horas de aburrimiento en las que, si optaba por no dormir, debía rebuscármelas para jugar en el patio sin hacer el menor ruido, bajo amenaza de aparición de la Solapa y con la única compañía de las chicharras. Les deseo a los niños del presente y futuro que experimenten el aburrimiento, no sin irritación. Las consecuencias de conseguir ante la mínima sensación de tedio una dosis inmediata de evasión y entretenimiento son absolutamente impredecibles para el devenir del cerebro humano, además de que te obturan la capacidad de elaborar una manera propia. Quisiera terminar con dos pequeñas anécdotas que tienen que ver con la misma cosa.

La primera es de cuando recién me había mudado a la ciudad de Rosario. Habíamos quedado con una compañera de la facultad en juntarnos a hacer un trabajo “tipo cuatro de la tarde”. Fui caminando tranquila hasta su casa, adonde llegué pasadas las cuatro y cuarto, todavía en horario según el rango de mi reloj entrerriano. Al abrir la puerta mi compañera me cuestionó: “¿No habíamos dicho a las cuatro?”, a lo que inocentemente contesté que “Dijimos tipo cuatro”. En ese tipo se signa toda una relación de grados de laxitud o rigurosidad con los horarios que, pese a la convención universal del tiempo, cada lugar maneja según criterios compartidos e implícitos, es decir, culturales.

Para intentar explicar las dilaciones grandiosas aquí en Santiago, me gustó algo que escuché ayer: “Acá la hora es una idea”. Y eso me hizo acordar a la segunda anécdota, relacionada con el tema de esta bitácora. Una vez, en mi anteúltimo día de visita en una ciudad de Entre Ríos, estaba teniendo una charla distendida con un montevideano que me preguntó a qué hora me iba al día siguiente. Mi respuesta fue “A la siesta” y él, impresionado, me dijo: “¿Cómo? ¿La siesta es una hora para ustedes?”.

**FILBA
NACIONAL
ROSARIO**

9

Un mes antes de la fecha prevista para realizar el noveno festival nacional, volvíamos de nuestro viaje de preproducción a Rosario, adivinando que el festival no iba a poder existir del modo en que tan solo un día antes habíamos pensado. La pandemia se instalaba en Argentina y el confinamiento era una realidad. Y aunque aún éramos inocentes y no sabíamos por cuánto tiempo se extendería la nueva normalidad, entendimos en muy pocas horas que teníamos que mudarnos a la virtualidad. Así, en solo semanas, reformulamos nuestra programación y, por primera vez, **hicimos un festival a través de las pantallas**. Tres días, 25 autores y artistas y una primera experiencia virtual que quedó ahí, guardada para siempre.

CAMILA SOSA VILLADA

TAN SIRENAS NOSOTRAS

(Bitácora)

Cuántas horas de nada habré llorado por las burlas hechas sobre mis bigotes de india, lacios y tupidos como matas de oscuros ramos de novia, con suerte para quien lo agarra pero nunca para la novia, como tentáculos de hilo negro que robaban de las billeteras de los clientes los sueldos con que luego, tal vez, invitarían a sus novias a desayunar un café con leche con dos medialunas, dos criollitos, manteca y dulce de leche y el detalle del jugo de naranja, que es el que le daría la categoría de completo. Todos esos muchachotes que en el pueblo me gritaban “¡Hay café, hay café! ¡Hay cafeitarse!” Cuántas veces odié la sombra de mi bozo frente al espejo de la pensión y me quité pelo por pelo los motivos de mi pena, con una pincita de depilar robada de alguna perfumería, en un teatro veloz y sin espectadores. Cuántas agujas embebidas en alcohol para clavarlas bajo el pelo encarnado y obligarlo a salir para quitarlo de raíz. Cuántas noches me fui a dormir humillada por el veneno criticón de algún garrón que se atrevió a decirme que sería bonita si cuidara más de mi aspecto, si me pusiera un poquito de silicona en la frente, que era ancha y dura, y otro poquito en los labios. Y otro pocote en las tetas y mucho en el culo. Y qué linda quedaría si me hiciera la electrólisis, que era de las cosas más dolorosas del mundo, un sistema satánico que te mandaba una descarga eléctrica a la raíz del pelo, de manera que te picaneaban toda la barba para que la muchachada quedara contenta y no se decepcionara al acariciarte las mejillas de papel de lija. Todas esas lágrimas que chupó mi almohada porque mis bigotes eran mi fealdad y luego seguía la nariz de boxeador y los dientes chuecos de pobre y yo pensaba en todo el dinero que debía reunir para mejorar un poco mi aspecto, que era apenas el monigote de una mujer. Toda la fortuna que debería acopiar si alguna vez se me ocurría querer ser bonita. Y una vez llorados todos estos pormenores, mis bigotes brotaban, se iban bajo las sábanas y me masturbaban con su tacto cosquilloso y si estaba boca abajo también me hacían masajes y si era invierno apuraban las colchas castigadas por las polillas y hacían un huequito bajo mi cabeza para que fuera más cómoda la posición. Y si los libros estaban lejos, ellos iban hasta los estantes de la biblioteca de chapa y me los traían y giraban las páginas con delicadeza maricona. Y muchas veces secaron los ríos salados que me brotaban de los ojos y nunca se quejaron de dolor cuando los afeité o los arranqué con cera caliente que me hacía saltar frente al espejo en una polka hirsuta que aliviaba el ardor.

Luego, las exigencias televisivas me dijeron que no podía andar tan bigotuda frente a las cámaras porque la gente no aguantaba que las travestis nos mostráramos como somos. Y comencé a invertir en esta apariencia como quien se mete a un plan para comprarse un coche usado, o una casita en una cooperativa o las vacaciones de su vida en una agencia de viajes. Y yo, que había fundado una inteligencia suspicaz en torno a mi fealdad cultural, de repente

me vi yendo a una clínica a que me quemaran los bigotes con láser, que es una técnica casi tan sádica como la electrólisis, pero mucho más veloz.

Cuando dejé la muñequita travesti lista para ser amada por el celuloide, de repente the thrill is gone y me divorcié de la actuación y ya no me interesó tanto el cine, ni la televisión y comencé a sospechar que había sido engañada. Tonta muñequita travesti ingenua y pretenciosa. Mis buenos bigotes no volverían y yo, con la piel lisa como los bordes de la tarde, estaría sin compañía y sin público hasta nuevo aviso. Te quedaste sin el pan y sin la torta. Y sin coraje. Y sin inocencia. Y sin astucias. En los cajones quedó un manojo de lanas embravecido que alguna vez fue el esplendor de tu rabia.

En el 2019 me invitaron a Rosario, para un evento cultural en el que hablábamos sobre el amor y aproveché unas horitas libres que tenía y me fui sola a la Costanera, a mirar pasar el río que siempre fue mi locura. Quien mira un río pasar, posiblemente se ve a sí mismo transcurrir en la historia, más o menos manso, más o menos hondo y a veces tan cristalino o tan sucio. Ahora soy travesti como antes fui río y posiblemente reencarnaré en algún salto de agua que descienda desde las Altas Cumbres a los pueblos de Traslasierra. Agua dulce, fría, helada, y las ramas de los sauces como memoria de mis bigotes perdidos.

A orillas del río, a pasos del Centro Cultural España, pensé en el origen de mis bigotes. Dicen las travestis de lengua más vieja, que en el río de Rosario hay todo un cardumen de travestis sirenas, mitad viejas del agua, mitad travestis, que fueron haciéndose con el ADN que perdían las muertas arrojadas al agua para ocultar sus cadáveres. Las Viejas del Agua o loricáridos, pa' que no crean ustedes que no abrí Wikipedia al escribir este poema, tienen una especie de ventosa en la boca que las asegura al fondo de las cosas y, además, las alimenta. La misma ventosa que las travestis tenían en la punta de sus labios para libar el barroso pitulín de los clientes y amores (a esta altura todo se confunde, los límites se vuelven porosos). Parece que estos peces, al pasar encima de los cuerpos de las asesinadas, tomaron no solo las algas que las cubrían sino también toda la información desoxirribonucleica de las travestis y lentamente fueron pareciéndose a las muertas. Primero crecieron las pelucas, de pelo natural muy fino, mantenidas como nuevas por el agua dulce del río, luego unas tetas elefantonas y unos rubores rosados en las mejillas, unos bigotes largos para cachetear giles y pestañas postizas con las puntas duplicadas para mayor volumen y extensión. Pronto las Viejas del Agua también pudieron cantar (dicen que si Rosario hiciera silencio podría escucharse su canto), cumbias santafesinas suavécitas e irresistibles. A medida que los años pasaban, las Viejas del Agua tuvieron una memoria muy parecida a la de las travestis y recordaron las persecuciones y matanzas, pero también las fiestas y el coraje y esa rabia que era como una

fiebre buena que las ponía de pie. Y pronto tuvieron piernas, largas y musculosas piernas cubiertas por esa piel oleosa que brilla como la esperanza o las promesas, y ya las branquias se hicieron sutiles y se acercaron a la orilla y los bagres machos y pacús y demás peces sintieron celos, y se quedaron refunfuñando en el río, porque sin comerla ni beberla, las Viejas del Agua ahora podían contar cuentos y cuando menos lo esperaron, salieron de noche a las playitas más cercanas a probar sus nuevas extremidades, las piernas para bailar, las manos para arañar y las bocas con ventosas para quedarse pegadas a la carne obrera y macha de los que se acercaron a tocar la novedad. Sirenas de agua dulce.

Los bigotes de las Viejas del Agua quedaron prendidos al bozo de las sirenas y así como espantaron moscas, enlazaron los cuellos de sus amores y los trajeron a sus pechos y bien pudieron cachetear, ahorcar, manipular navaja o llevar un collar de perlas hasta el altar de Iemanjá, que hicieron con las herrumbres encontradas en el fondo del río. Y fuimos siendo menos peces y más humanas y eso nos causó mucha tristeza, pero así eran las cosas y bien valía reconciliarse con los días que no pueden repetirse para doblar por otra esquina, o decir que no en lugar de decir que sí. Y pronto nos enamoramos y olvidamos los amores de fango, pringosas en la mugre, casi ciegas y capaces de todo y ya terminamos temblorosas como si no hubiéramos vivido nada. Andamos entre la gente, sin saber que venimos de esos peces de carne despreciada, que come barro en el fondo del río. Nos inmiscuimos, metiches, incómodas, en este cardumen sin agua que son los humanos. Tan humanos ellos. Tan sirenas nosotras.

A lo lejos, sobre la superficie del río, una sirena se asoma y agita su brazo diciéndome que ahí está, que es cierto esto que sé desde siempre, somos el río, hacia él vamos, o hacia los mares, o a lo que sea agua, a lo que sepa hundirse, a lo rebelde, aquello que ninguna mano puede tomar. Se ríe, con toda la boca mientras un bagre le pasa muy cerquita y le hace temblar esa piel de oro. Cuando quieras te pasás a tomar unos mates, bien dulces, con facturas con crema y membrillo, muchas calorías, muchísimas calorías en el río de Rosario. Siempre lo han hecho así, el amor de las travestis para decirte que estás en casa, es con mucho hidrato de carbono, mucho triglicérido. Mucho mate dulce, con una cucharadita de té de azúcar cada vez. En el río, en la tierra, en Santiago del Estero, en Santa Fe, en Salta, en Jujuy, siempre ha sido así.

Me vienen a buscar y la sirena desaparece tragada por las olas y un barco enorme eleva la tarde un peldaño más. Le pido al guapetón marica que haga silencio un segundo, a ver si escucho el canto de mis antiguas, y nada... gritos en algún lugar que retumban en mi nostalgia.

BEATRIZ VIGNOLI

SUEÑO DEL HOTEL SIN NOMBRE

Lectura (Mi postal de Buenos Aires)

A Vicky Lovell, que me instó a descifrar el enigma

¿Qué sería de la poesía sin los paseos? Pasear es salir al encuentro del mundo.

Es contemplación en movimiento, sensorial, físico. Nuestras ciudades, al menos en el cambio de siglo XIX al XX, lo previeron. Era otro higienismo, solar, oxigenante; domingos ganados por los sindicatos anarcosocialistas para democratizar la flânerie.

Fue por entonces, desde lo estatal, que el paisajista francés Carlos Thays diseñó el Parque Independencia de Rosario y espacios verdes de Buenos Aires. Parques urbanos, ámbitos seminómades de presencia cuyos senderos habilitan vistas panorámicas, cuyo paisaje alterna escenas y vacíos, cuya amplitud aloja la experiencia del espacio en su más plena potencia de infinito. Todo eso nos aguarda, derrochando su luz.

El sábado me senté a recordar un paseo.

Fue un paseo que hice por Buenos Aires en el otoño o invierno de 1987 con mi compañero de entonces, Fernando. Allí compuse mentalmente un modesto poema imagista, “Almagro”, quizá mi primer poema objetivista; allí comenzó un proyecto de escritura que decantó en un magro libro, *Almagro* (EMR, 2000; Nebliplateada, 2019).

El texto no estuvo a la altura de la experiencia que obtuve del paseo: una experiencia de presencia pura, un instante que recuerdo como de absoluta claridad.

La noche de este sábado soñé con el hotel sin nombre. En el sueño formo parte de un contingente de turistas culturales (¿escritores en un congreso?) que paramos en un hotel en Buenos Aires. Por fuera es muy suntuoso, un edificio imponente todo revestido de mármol rojizo. Lo veo como un prisma gigante, una gran caja rojiza. Adentro es laberíntico y tiene distintos grados de lujo o miseria. Los sectores para los trabajadores son deprimentes. El resto es menos modesto pero no tan suntuoso como la fachada. Todo esto me demuestra que es un hotel y fue creado como tal. Se cuenta que antes perteneció a Bartolomé Mitre y era una mansión. Nadie sabe decirme cómo se llama el hotel ni si es realmente un hotel ni si lo fue siempre, ni dónde queda, pese a que estamos ahí. Un hombre mayor me susurra que las mujeres se las ingenian para adivinar el nombre, él no sabe cómo. Supongo que buscándolo en el mapa aparecerá el nombre. En el sueño, lucho por armar un plano de Buenos Aires con pedazos de un mapa que rompí. Lamento haber tirado el otro día los que guardaban mis padres. Al fin alguien ha conseguido localizar el hotel. Queda en Mitre al 3400 o Mitre al 1500. Me inclino por el 3400 ya que estamos en un barrio y al 1500 sería zona centro. Sin embargo,

se dice que hay dos copias, y la otra está en el centro, que nos es temporalmente inaccesible. Me despierto y anoto el sueño en el teléfono para compartirlo en mi grupo de soñantes. Hay una forma de trabajar con los sueños que no consiste en la interpretación sino en la acción. Así que me siento el lunes ante mi computadora y continúo la acción que intenté en el sueño. Abro Google Maps y encuentro que en Buenos Aires, Avenida Bartolomé Mitre 3410 es la dirección del hotel Aires Express. Queda en el Once: una mole roja de ladrillo en la esquina de Sánchez de Loria y Bartolomé Mitre. Existen sus 50 habitaciones en 7 pisos, no encuentro desde cuándo. A muy pocas cuadras de ahí, en Almagro, está el punto de partida del paseo. Fue el departamento de Fernando, un contrafrente en PH sin luz solar, donde viví (siempre como huésped) en períodos de pocos días, espaciados varios años entre sí. Fue una relación extensa. No me animo a hurgar entre sus cartas, que tengo bastante a mano en el placard, pero con la ayuda de mi memoria y Google Maps encuentro que quizás en Don Bosco al 3400 estaba el lugar de donde partimos. Me “suenan” varias imágenes de frentes que muestra la foto en “3469 Don Bosco CABA”. O puede que esté en una de esas pocas cuadras, las pocas que mide esa calle según indica el mapa. Me impresiona la desolada foto, que ha de ser bastante actual. Anda un muchacho corpulento a cara descubierta que mira nervioso a su alrededor, como si fuera consciente de la presencia de la cámara. El ingreso al edificio lo tuve muy presente todos estos años, en los que recordé aquellos azulejos cerámicos de esmalte caramelo enmarcando un mural cerámico a lo Paul Klee, y la sensación de salir de golpe al sol blanco intenso que resplandecía entre los plátanos de Almagro.

Si quedaba entre Liniers y Sánchez de Loria, pudimos haber salido después de un almuerzo tardío y trasnochado, a la deriva, al sol de las primeras horas de la tarde; y debemos haber caminado hacia el norte Fernando y yo, por Sánchez de Loria hasta Avenida Rivadavia, cruzado la avenida y luego andado una cuadra más hacia el norte. Recuerdo que en el sueño se hablaba de que el hotel quedaba “más allá de la avenida”. En efecto, antes de doblar por Bartolomé Mitre lo primero que habremos visto es la mole del hotel, si es que ya existía entonces (de todos modos en los sueños suelen superponerse capas de tiempo). Después es posible que hayamos caminado hacia el oeste hasta el paisaje ferroviario, porque las vías de tren ejercen una atracción magnética sobre los paseantes que merodean en derivas urbanas por las ciudades.

Era domingo, creo recordar. O lo parecía. O merece haberlo sido. No recuerdo si nos detuvimos en el puente, o si contemplé al pasar la luz del sol que resplandecía en todo su fulgor sobre una pared blanca al otro lado de las vías. Sé que tuve al verla una sensación de anti-

güedad sin fondo, de un tiempo sin límites, de haber existido desde siempre sin comienzo. La foto que se abre en Google Maps bajo la dirección “3911 Bartolomé Mitre, CABA” muestra el espacio donde estoy casi segura de que vi esa pared áspera, encalada aunque no lo diga en el texto. La pared sigue ahí; podría ser la última en la foto de izquierda a derecha que tiene un arco de medio punto. Se la ve sin repintar, entre dos edificios, con una pintada de grafitero que dice en letras azules: MORS. “Puente de hierro” llamé en el poema a los paneles de fierro atornillados que se ven en la foto, cubiertos entonces por capas y más capas de afiches (electorales, tres años después de las presidenciales de 1984). Una señora mayor de vestimenta humilde los arrancaba a jirones y los iba juntando en una bolsa de nylon, quizás para vender el papel por peso y así compensar la hiperinflación rampante y poder comer algo, aunque no pensé en nada de eso. Mi juvenil manía haiku de apuntar la estación del año mediante un detalle de la naturaleza (“las hojas que arden”, es decir: una fogata) me ayuda a situar temporalmente la experiencia: otoño, o vacaciones de invierno. Pero el lugar exacto de la visión se encuentra al norte de la avenida Rivadavia, de modo que no queda en el barrio de Almagro sino en el de Palermo, o más bien en algún punto incierto entre Palermo y Villa Crespo; con lo cual, si el poema y el libro pretendían hacer documentalismo poético, he aquí un error no muy catastrófico, pero sí catastral.

Pienso que aquel fue un libro de derivas situacionistas, de paisajes hallados como pura presencia al perderme en las ciudades. Es lo que más extrañamos tantos en este exilio interno domiciliario donde reconstruimos (con una precisión que no nos importó entonces, cuando toda la calle estaba disponible, al menos para quien tuviera el vigor y la movilidad de andarla “a pata ‘e perro”) la cartografía del explorador/flâneur en nuestra mente, con la ayuda de una novedosa interfase entre dos o tres virtualidades: sueños, Google Maps y memoria. Son viajes astrales como los que haremos cuando ya no tengamos cuerpo con el que seguir andando cuando se pueda salir de nuevo a merodear, a vagabundear, a patiperrear; merodear, merodear, esa furtiva palabra.

LA YAPA

LA CUMBRE

II

Dicen que **La Cumbre tiene un encanto particular**. Lo comprobamos. Como por hechizo de magia, volvimos al año siguiente de nuestro Filba Nacional La Cumbre, a caminar sus calles y hacer un nuevo encuentro literario. ¿Quién dijo que las segundas partes nunca son tan buenas como las primeras?

LAURA GARCÍA DEL CASTAÑO

LA CASA

(Cuatro casas en la noche)

Esta es la casa de un reino insepulto, un reino debatido entre dos mundos, un filo que se asoma de otro filo anterior como una mamushka de eternidad.

Vivo aquí, soy su fantasma, el hámster que pedalea y pedalea en un cubo de vidrio propiedad de lo eterno, quizás el humo de una vida mal apagada que resiste, que cada día y cada noche convocando a sus huéspedes.

Me dejo ver por las tardes cuando todo encuentra su agonía. Las habitaciones son cuartos pequeños todos unidos, así que me deslizo por ellos. Me sumerjo en el vaho de una ducha caliente hasta empuñar el cristal, en la misma bañera donde resbaló una hermana de madre preparándose para el viaje; luego prendo la radio, pongo las toallas a secar, me paro en la rama que sobresale del muro (la rama del olmo que plantó mi padre, tras enterrar nuestra primer mascota).

Amo el vaivén de los objetos, ellos gritan toda la vitalidad los espíritus, los anillos que escapan y corren a perderse detrás de los armarios, el postigo que golpea, el juego de una baldosa despegada cuando alguien pisa, esa cosa metálica de la tijera de podar. Amo la ingeniería de estar vivo y aún así me aterraría estarlo.

A veces me instalo en la ventana, mi ventana torre, mi ventana trinchera, de allí observo a los curiosos, ancianos sonámbulos, perros neuróticos, amantes sin lugar, ellos sí escarban y escarban su estar vivos, su ceguera temporal. Van y vienen, hacen una parada para abrir sus mapas: mean la puerta, dejan oculto un bulto, desconocen que pisan a diario una frontera, un portal intermedio donde vida y muerte, sin querer, se tocan las manos, se disputan, se cornean como ciervos.

Den crédito de todo lo que veo, incluso de los que como yo, friolentos aunque espléndidos viven en casas como esta, cerca o más lejos, como Judith de la otra manzana, o Franco de la Velez Pedraza, mudos y noctámbulos duran su estadía porque aún nadie los ha sorprendido, nadie, ni un perro con suficiente espesura o detenimiento. Su trabajo como el mío es mirar el mundo, arrojar una piedra que en el aire se ralentiza y nunca cae, intentar una conexión de ruidos eficaces que atestigüen: que peleamos en la oscuridad, que queremos al fin desvanecernos.

Aquí paso los días y las noches contando uno por uno a los que pasan, a veces me siento junto a ellos y los escucho hablar, resolver sus crucigramas paranormales, o preparar sus maleficios.

Los veo irse, entonces me instalo en el primer escalón de la entrada, me quito las espigas de

los talones, riego el boldo o converso con mi madre. Ella me repite la historia de su hermana menor mientras deshace un pulóver. A veces alguien queda perplejo por más tiempo frente al muro, reproduce eso mismo que hacía de niño al volver de la escuela, quedar atónito frente a la pared imaginar una hilera de hombres endurecidos empotrados hasta volverse un solo ser agrio, disecado. A veces alguien me ve pelear con la araucaria, me sigue con los ojos como si pudiera... Entonces hacemos conjeturas con mamá, de lo que vio, de lo que contará y apostamos por si volverá al otro día.

Créame, todo puede ser detectado, por eso me aterran los seres intuitivos, los inquietos, ellos no saben pero espían, tienen la sed, el presentimiento, a su manera llegarán un día a la verdad: que el espacio y el tiempo se doblaron a la mitad como un papel, que al traspasarlos con un lápiz se crea un atajo, un canal, una sonda entre dos realidades, que no estamos a la deriva sino paralelos, perplejos y contraídos en una vida escasa hecha con pedazos de un pasado que no enfría, pero tampoco abriga, que algo absorben de nosotros los que aciertan una foto, y exhiben esa prueba, que voy desapareciendo a medida que su curiosidad se agudiza. Es una ley sin alegría la ley de la disolución.

Por eso esta no es una casa bondadosa, no simula serlo, es una zona ajada, una fisura, un blanco en la eternidad de los perdidos, el caparazón a flote de algo que se vació ferozmente, la confirmación que algo estuvo que se desangró, que huyó despavorido, que lo que queda, es siempre estéril y macabro, o sea yo, que aún reboto como un pájaro contra la esquina de un cuarto.

Soy dueño y amo de esta casa. En cada habitación he tenido un sueño distinto, se descamó una piel, se colgó un disfraz. Terminé un libro. Perdí un padre, y todo un resto que lo sabe esta casa. Porque todo lo que falta decir de nosotros lo dice una casa, lo retuerce, lo astilla, lo pudre en el jardín, lo escandaliza en los colores de su vegetación, lo lastima aún curado; vela porque todavía exista. No permite que se desvanezca.

No me desvanezco aún ni tampoco lo harán estas paredes, no importa donde quiera aferrarme, siempre me recuerda que es aquí donde todo debía cumplirse. Porque lo abandonado pide liberación y una casa abandonada pide liberación, es una niña constrictora que corromperá a sus huéspedes hasta hacerlos cumplir la promesa, la antigua, la pendiente.

La promesa de la tía al pie de su valija lista para partir a Roma, la promesa de que encierren al asesino de Judith, la promesa en los labios de la mujer de Franco.

Y cada grupo de gente que viene me genera esta ilusión, la desesperación porque alguien vea, porque ver según esta estadía es tirar el mínimo telón que nos divide, atravesar esa sombra

que llamamos terror, detectar la vibración, porque no hay rastreador mejor para escuchar el sonido desnudo de una vida que otra vida. Por eso esperé todo el día por esta hora y la reunión como la que se da justo esta noche, gente que se ha orientado por los sonidos y se identifica, seres que al fin me encuentran y me hablan.

Hicimos Filba Nacional estos diez años:

Pablo Braun, Catalina Labarca Rivas, Victoria Rodríguez Lacrouts, Amalia Sanz, Sofía Copado, Larisa Chausovsky, María Lujan Picabea, Daniela Ini, Maira Purman, Gabriela Adamo, Carolina Szmidt, Carmen Cáceres, Patricio Zunini, Facundo Barisani, Claudia Ramón, Valeria Tentoni, Paco Gómez, Nacho Damiano, Nathalie Jarast, Ana Mazzoni

Estos diez años de Filba Nacional no hubieran sido posible sin el apoyo

de: Fundación Williams, Fondo Nacional de las Artes, Luis Escobar, Eterna Cadencia, Gobierno de Bahía Blanca, Cooperativa Obrera, Fundación Osde, Fundación Flechabus, Palabras Andantes, Gobierno de la Municipalidad de Azul, Havanna, Fondo de Cultura Económica, Gran Hotel Provincial, Fundación Invap, Municipio de Bariloche, Biblioteca Sarmiento, Municipalidad de La Cumbre, Municipalidad de Córdoba, Ministerio de Cultura de la Nación, Municipalidad de Santiago del Estero, Potenciar Comunidades, Municipalidad de Rosario, Centro Cultural de España en Rosario, Municipalidad de Santa Rosa, La Anónima y Fundación Banco La Pampa.

Y por supuesto, a todos y todas los voluntarios que en cada lugar nos acompañaron con un aporte indispensable: su tiempo, su trabajo y su entusiasmo.

¡Gracias!



www.filba.org.ar

ig – twitter @fundaciónfilba

facebook @fundfilba

contacto info@filba.org.ar

– año 2021 –